

Ciudad e historia en la Europa meridional. Algunas reflexiones sociológicas

Salvador Giner

I. INTRODUCCIÓN

En los pueblos del Mediterráneo la fuerza del pasado incide de manera especial en la configuración del presente. Este ensayo contempla el marco histórico del comportamiento urbano contemporáneo en la Europa meridional, con especial atención a la función que desempeñan sus núcleos centrales tradicionales, con frecuencia llamados hoy centros históricos.

Mis reflexiones giran en torno a países que han sido considerados, durante demasiado tiempo, anclados en el pasado, como si, de ser cierto, ello pudiera explicar por sí solo el itinerario particularmente tortuoso que han seguido hacia alcanzar modernidad. Partiendo de esta idea, mis observaciones consideran el pasado (remoto o reciente) desde una doble perspectiva: como freno o escollo para la mudanza modernizadora, por un lado, y como potenciador suyo, por otra. Cualquier consideración sociológica de la Europa meridional a principios del siglo XXI, por fuerza, tiene que tomar en consideración ambas perspectivas a la vez, y aceptar la historia del flanco Sur del continente en toda su complejidad y ambivalencia que le son propias.

Aunque aquí se analizan diversas categorías y haces de fenómenos, no se incluye una periodización de la historia de la región. Ello se debe a que mi atención se concentra, ante todo, en el resultado acumulado de un pasado urbano extenso, rico y complejo. Examino aquí la fuerza contemporánea de estructuras históricas en cuanto que no han sido heredados como simples reliquias o vestigios, sino como poderosas fuerzas que poseen su propio impulso. No sólo su inercia. En las ciudades del Sur la historia es, o puede ser, como se verá, un motor de mudanza y progreso. No es, necesariamente, una rémora.

El marco elegido para suministrar coherencia a los distintos elementos que he tenido que tomar en cuenta es el de la relación variable entre las ciudades y su marco político. Se contemplan y comparan, asimismo, la relación política entre las ciudades de la región con sus mercados respectivos, las zonas étnicas alejadas, y su tensión o identificación con el estado territorial. Asimismo, la cambiante situación de la Europa meridional dentro de la economía política de la zona circundante y sus efectos sobre las estructuras políticas, de patronazgo y de clase de sus ciudades. Todo ello ayuda a reunir los aspectos principales de la vida urbana mediterránea en una única reflexión comparativa.

La historia del Mediterráneo es la historia de sus ciudades. En el núcleo de todas las civilizaciones e imperios ha habido siempre ciudades. Sin embargo, sus órdenes políticos, económicos y culturales no siempre han dependido tan por completo de éstas como en la región

mediterránea. Siglo tras siglo, los pueblos que la habitaban construyeron su mundo sobre sus ciudades y en torno a ellas. Los estados occidentales más antiguos fueron ciudades-estado mediterráneas. Los imperios más antiguos –Tartessos, Tiro, Sidón, Cartago, Atenas, Roma- se construyeron sobre una polis o una urbs, de la cual recibirían su nombre. La plena participación en la vida del estado significó para sus gentes, ante todo, poseer ciudadanía, es decir, ser miembro pleno, con todos los derechos, de la ciudad. El invento europeo de la ciudadanía, crucial para la vida democrática, es una innovación introducida por las ciudades mediterráneas clásicas.

Tras la caída de Roma como capital política -aunque no como ciudad sagrada o “eterna”- otras ciudades mediterráneas heredaron sus características, especialmente Constantinopla, que, para los pueblos del imperio bizantino, se convirtió en la Ciudad, hasta hoy así llamada por los griegos, la Polis. De manera muy similar, los otomanos la transformaron en una ciudad santa, Estambul, y a su gobernante en el supremo sultán del Islam, guardián de los lugares sacros, es decir, otras ciudades: La Meca, Medina y Jerusalén. En la mitad occidental de la región, más tarde, surgió algún centro urbano de igual calibre, como la ciudad de Córdoba, que alcanzó plenas características metropolitanas política, económica y culturalmente. Durante la Edad Media, el Renacimiento e incluso en épocas posteriores, algunas ciudades -Génova, Barcelona, Venecia- forjaron unidades políticas más extensas apoyándose sobre sus respectivos imperios marítimos. Otras - Nápoles, Milán, Florencia- aprovecharon su situación geoestratégica para la prosperidad de sus respectivos estados.

En el Mediterráneo, política y civilización vinieron a ser sinónimo de ciudad. En un momento crucial, algunas vinieron también a ser sinónimo de gobierno republicano y, como digo, cuna de la institución política y cultural de la ciudadanía.¹ Sin ella, la civilización moderna es inconcebible.²

La aparición de la moderna nación estado dificultó la supervivencia de tal identificación, y hasta la hizo imposible. No obstante, todavía a mediados del siglo XIX quedaba un país, Italia, que era un mosaico de ciudades estado. Allí, estado y nación tuvieron que crearse *en su contra*, por así decirlo: Italia tuvo que abolir el particularismo y el localismo de sus ciudades, sin excluir el de la propia Roma, cuyo gobernante vaticano se escudaba en su naturaleza de ciudad santa. En Turquía, el nacimiento del nuevo estado en el siglo siguiente tuvo que imponerse, también, y de modo bastante explícito, en contra de la antigua “ciudad celestial” del Bósforo, la que con el nombre de Sublime Puerta legitimaba la autoridad oto-

¹ Sobre la vinculación entre republicanismo, ciudadanía y ciudades medievales europeas hay abundante literatura. Las obras de Maquiavelo y Guicciardini en Italia y las de Francesc Eximenis en Cataluña y Valencia vinculan la ciudad tardomedieval o renacentista explícitamente a una concepción republicana de la politeya.

² Para la relación entre ciudad y civilización, las tres fuentes clásicas son Fustel de Coulanges, Simmel y Weber, en sus respectivos y conocidos ensayos. No obstante, cf. Peter Hall (1998) que logra componer su masivo estudio sin ayuda alguna de estos autores. (¡Hay una cita casual de Weber!) Hall no trata el área mediterránea como unidad de observación urbana, e ignora por completo la Península Ibérica.

mana. Es decir, en nombre de nación, territorio, secularismo y modernidad: fue así como la provinciana y pequeña Ankara asumió, en 1923, desde la remota meseta de Anatolia, por pura voluntad política, la rebelión contra la santa tradición de un imperio hundido.

El mundo moderno, pues, debe sus orígenes, en gran medida, a las ciudades mediterráneas. Dichas ciudades no sólo incluyen las aquí evocadas sino también un número de emporios, en otro tiempo prósperos y expansivos -Sevilla, Cádiz, Lisboa- vinculados desde finales del Renacimiento a las colonias ultramarinas de Castilla y Portugal. Sin embargo, a medida que la iniciativa de la era modernizadora iba desplazándose hacia la Europa noroccidental, el Sur fue quedándose estancado y, más tarde, atrasado³. En algunos aspectos importantes parecía incapaz de seguir la lógica de la propia civilización que él mismo había puesto en marcha. ¿Fue esto lo que llevó a Max Weber a afirmar, erróneamente a mi entender, que fue sólo “al norte de los Alpes” donde “la ciudad occidental se desarrollaba en su estado más puro”?⁴ La respuesta debe permanecer abierta, ya que las proverbiales dificultades de los países sureños de Europa para desarrollarse hasta conformar sociedades totalmente modernas nunca se extendieron a toda la zona. En primer lugar, algunas de sus ciudades estado, como Venecia, consiguieron mantener su prosperidad durante el largo período histórico de estancamiento y declive del Mediterráneo. Por otro lado, algunas zonas -al principio, y de manera señalada, Cataluña y el Piamonte, en torno a sus capitales Barcelona y Turín- evolucionaron hasta convertirse en sociedades burguesas, para luego avanzar hacia un capitalismo industrial por así decirlo, con la mayor naturalidad.

Quede claro: contra todo tópico, ni la acumulación de capital ni el tránsito al industrialismo fueron siempre importados ni impuestos a la fuerza en los países del Mediterráneo. Sin embargo, su desarrollo histórico como sociedades occidentales parece haber tenido algún defecto de base: muchas de ellas adoptaron una actitud de resistencia u hostilidad hacia el avance del liberalismo, la industrialización y la difusión del pensamiento secular y científico durante una etapa, larga y decisiva, de su evolución moderna. Poderosos, privilegiados y clases dirigentes, hicieron frente por lo general a esos acontecimientos como si de meras amenazas para sus intereses creados se tratara, como si no fuera posible sacarles partido. En consecuencia, sus habitantes privilegiados se atrincheraron, las más de las veces, tras actitudes arcaicas y empedernidas.

Una vez más: en los países del Mediterráneo la fuerza del pasado incide intensamente sobre la configuración del presente. Diríase que sus núcleos monumentales, con frecuencia de insuperada belleza, les abruman más que en otras partes del mundo, las convierten en

³ La negligencia del concepto de atraso en ciencia social es escandaloso. Se prefiere el de ‘subdesarrollo’, ‘dependencia’ y demás, por razones ideológicas a veces inconfesables.

⁴ .M.Weber (1958).

objetos de contemplación y no en estímulo hacia el porvenir⁵. Esa peligrosa sensación se debe en parte, al largo intervalo histórico que se inició con el estancamiento y declive posterior al siglo XVI. Las corrientes de la modernidad comenzaron a fluir con ímpetu en dirección septentrional. El reflujo dejó a los países del sur en una situación de desamparo. Cuando la corriente retornó, dichos países sólo estaban preparados para afrontarla con una gran falta de confianza en sí mismos. La batalla librada en esa parte del mundo entre tradición y modernidad fue arriesgada y su resultado, azaroso: como veremos más adelante, gran parte de esta batalla se libró tanto *en* las ciudades como *entre* ciudades.

La valoración de la fuerza con que el pasado incide sobre el presente es siempre tarea ardua. En la Europa meridional el pasado ha sido considerado, con excesiva frecuencia, vestigio del mundo preindustrial. También se le ha considerado freno endémico al progreso, principalmente en algunas zonas vastas de la cuenca mediterránea, que son precisamente las que a menudo son vistas como su quintaesencia. Sin embargo, los hechos históricos nos demuestran que el pasado debe ser entendido como algo cuyos efectos no son desde luego unidireccionales. En la teoría de la modernización, el pasado se nos presenta muy a menudo como freno o control sobre lo que la mentalidad occidental ha dado en suponer que 'debería haber sido' la evolución presuntamente normal del desarrollo para cualquier sociedad de la zona. No obstante, tendré la oportunidad de demostrar en diversas ocasiones cómo, en algunos casos críticos, éste se nos presenta también como su contrario, como facilitador del camino hacia la modernidad. Ciertas presunciones generalmente admitidas acerca de supuestas vías de desarrollo proceden claramente de prejuicios carentes de fundamento. (Sobre todo elaborados por observadores que conocen poco el terreno o bien por quienes, conociéndolo, se hallan sujetos a algunas interpretaciones del desarrollo económico y político preponderantes en los países anglosajones y que son inoperantes para otros lugares).

El peso o fuerza del pasado no se puede precisar con facilidad. En primer lugar aparece como un único haz o factor global, en el que se entremezclan acontecimientos sucedidos anteriormente. En tal caso la importancia que tiene cada proceso evolutivo por separado para el presente sólo se percibe de manera confusa. Además, las variedades de lugar y las características históricas específicas son tan decisivas como todo aquello que fuera común para amplias zonas o incluso para la totalidad de la región. Teniendo presentes todas estas ominosas advertencias, examinaré los distintos haces de acontecimientos comprendidos en la amplia diversidad de períodos históricos señalados en la historia urbana del Sur. Esos

⁵ Excepción importante y muy a tener en cuenta por quienes desean desarrollar económica y culturalmente las ciudades sureñas es el caso de aquellas cuyos centros históricos están en abandono o mantenidas en la decadencia (Palermo, a causa de redes mafiosas), o destruidas por guerras recientes, como Ragusa. La destrucción del centro histórico palermitano data del bombardeo aliado de 1943. Tiene la trágica ventaja de mostrarnos lo que sucedería a las ciudades euromeridionales si perdieran sus centros históricos. La destrucción de Bucarest por el stalinismo de Ceaucescu es otro caso ilustrativo, aunque de diversa índole. Las reconstrucciones de Rotterdam o Varsovia (fuera de la región que nos ocupa) muestran la necesidad moral de recuperar siempre el núcleo de la ciudad.

períodos históricos forman un poso que continúa ejerciendo presión y define en gran medida la situación actual. Hay que remitirse a las épocas y períodos, pero las distinciones han de ser sólo analíticas, pues el presente, muy a menudo, los engloba en un único e inextricable conjunto.

Una primera época -ya de por sí extremadamente larga y llena de acontecimientos- presencié la formación de la civilización urbana mediterránea, europea, de hecho. A pesar del largo tiempo transcurrido desde su desmoronamiento, aquel mundo dejó algo más que simples huellas para la localización de ciudades y metrópolis. (Roma y Atenas, en virtud meramente de su antiguo y carismático legado se convirtieron de nuevo en capitales nacionales en épocas recientes.) Una segunda época -la de la Europa medieval- presencié el auge de nuevos centros mercantiles y unidades políticas que ni mucho menos han desaparecido, y los cuales, como ya veremos, han experimentado en la actualidad una notable revitalización. El principio de la época moderna fue también un período de gran cambio y expansión urbana, y presencié el auge de un único sistema urbano para la mayor parte de Europa; sistema en el cual vivimos actualmente. Después de esta tercera e importante fase, hubo una cuarta, la revolución industrial, que trajo consigo una oleada decisiva de acontecimientos, que ya han concluido. La situación a principios del siglo XXI es testigo de la llegada de una nueva etapa, la cual posee sus rasgos específicos, aunque viene muy determinada por todo lo acaecido con anterioridad.

Objetivo de este ensayo es examinar acontecimientos y aspectos generales de esos 'períodos' en cuanto que han influido en la sociología urbana y la economía política de la Europa meridional. Para ello va a ser necesaria cierta dosis de flexibilidad en las interpretaciones. Así pues, los cambios en la situación geopolítica y geoestratégica de la zona han ido aconteciendo de manera irregular a lo largo de la historia, sin influir en todas partes por igual. La misma situación en la distribución mundial del poder varía evidentemente de un país a otro, y de una región a otra. En la era moderna, y dentro de ese reparto, algunas zonas han sido claramente periféricas mientras otras han sido característicamente semiperiféricas, mas otras mantenían incluso vínculos estrechos e íntimos con el núcleo interno del capitalismo industrial y la cultura racionalista, secular y liberal europea. Fueron precisamente los defectos estructurales y las interrupciones producidas por las relaciones cambiantes entre las distintas esferas mencionadas, dentro del mismo territorio, lo que confirió a la zona gran parte de los rasgos que aún hoy la distinguen.

II. LAS CIUDADES ANTIGUAS Y SUS CIUDADANIAS

Las ciudades del Mediterráneo han mantenido su singularidad hasta la fecha con mayor ahínco que las de otros lugares del mundo. Todo aquello que tienen en común la mayoría de esas ciudades, a pesar de su relevancia, se esconde bajo la manifiesta diversidad de sus personalidades individuales. Tales personalidades deben prácticamente todo a la historia. Ni los siglos transcurridos ni el mundo moderno -a pesar de su inusitado poder de erosión y

homogeneización⁶ han sido capaces de borrar los vestigios de la *cit  antique* que todavía perduran en las ciudades meridionales de Europa. La cuenca del Mediterráneo no es tan sólo la cuna de algunas de las ciudades más antiguas del planeta, ininterrumpidamente habitadas hasta hoy -Jericó, Cádiz- sino que es también el lugar en el que, de algún modo, y como ya Fustel de Coulanges nos lo describiera⁷, todavía perdura algo de la "ciudad antigua" en el seno de la modernidad. Sus ecos son débiles, pero quien los escucha no es víctima completa del engaño.

La singularidad de cada ciudad importante del Mediterráneo plantea serios problemas de comparación y generalización. Las mejores tipologías están destinadas a resultar deficientes. Ya en el siglo XVI, y tan sólo para un único país, un historiador pudo distinguir entre ciudades burocráticas, comerciales, industriales, militares, artesanas, agrícolas y las dedicadas a la ganadería lanar⁸. Podríamos añadir, para el resto de la región, otros tipos más: ciudades universitarias, marítimas, dedicadas a la banca y a las oficinas de contabilidad; eso sin mencionar los muchos casos "mixtos" posibles, lo cual alargaría cualquier clasificación hasta privarla de sentido. Tal vez sea mejor examinar ciertos rasgos que hayan llegado a ser históricamente relevantes en el desarrollo de las ciudades así como en sus formas de gobierno en la región, aun cuando no puedan ser asignados a determinadas categorías de ciudad. El simple ascenso y descenso en las fortunas de cada núcleo urbano -verdadera constante en la historia mediterránea- habría de ser suficiente para disuadir a cualquiera que intentara abordar este tema con rígidos criterios de clasificación urbana.

En la región mediterránea, no sólo el estado territorial contemporáneo, sino otras fuerzas más amplias en juego (económicas, tecnológicas, políticas) se ven obligadas a luchar contra poderosas circunstancias urbanas y locales, profundamente arraigadas en el pasado: son las tenaces variables independientes históricas a las que cualquier estudio de comportamiento social en la zona debe atenderse. Si bien estas circunstancias heredadas varían en intensidad de una población a otra, de una ciudad a otra y de una metrópolis a otra, *el conjunto de todas ellas*, se presenta como algo muy específico de la Europa meridional. No sin cierta arbitrariedad, nos va a ser útil agruparlas bajo diversos encabezamientos:

(a) La ciudad parcialmente destribalizada. La ciudad mediterránea surgió en contraposición a la tribu. La formación de ciudades estado trajo consigo el fin de sus antiguos componentes tribales y el triunfo paralelo de la ciudadanía. En Atenas, antes del siglo V a. de J.C., la extinción de la vida tribal condujo a la ciudadanía. Fue allí donde la palabra *demos* empezó a adquirir el significado de *arrondissement* o distrito en lugar de ser el nombre genérico para una tribu  tica. Mudanza similar, como paso de identificación étnica a identificación espacial, tuvo lugar en Roma y en otras ciudades. La importancia de este suceso para la creación de la democracia y (andando el tiempo) de la modernidad, no pue-

⁶ Cf. S. Giner (1979).

⁷ N.D. Fustel de Coulanges (1864).

⁸ F. Ruiz Martín, citado ampliamente por F. Braudel (1975), Vol. I, p. 232.

de exagerarse. Como suele ocurrir, se cumple una ley sociológica: las primeras estructuras que efectúan cambios o introducen innovaciones son precisamente aquellas que más tarde mantienen algunos de los aspectos arcaicos que en su momento se propusieron suprimir. Las antiguas ciudades mediterráneas han mostrado siempre una obstinada resistencia a la conclusión del proceso de destribalización que ellas mismas iniciaron al inventar la ciudadanía. Los procesos medievales de segregación urbana y de formación de *ghettos* y barrios gremiales vinieron a reforzar este rasgo meridional. En el pasado, para su supervivencia y expansión demográficas, las ciudades del Sur fomentaron la inmigración, creando zonas especiales para los recién llegados. En el extremo opuesto, algunas de ellas establecieron sus propias colonias en otras ciudades para el comercio, o como guarnición, o como medio para hacer frente a su propio desbordamiento demográfico.

Todo esto, más que debilitar, fortaleció el carácter microcósmico, entrañable y cerrado del *quartiere* o del barrio y la vehemente lealtad pueblerina que sus moradores sienten por él, y ello en grandes ciudades como Sevilla, Barcelona, Roma o Salónica. Es en tales barrios donde en muchas ciudades todavía moran los dioses menores y espíritus guardianes de la *cit  antique*, bien alejados de las cámaras del poder y las plazas públicas de la urbe, seculares y cosmopolitas. Los santos y vírgenes que bendicen y adornan las esquinas napolitanas son dioses lares de sus barrios antiguos.

El orgullo cívico y la identificación colectiva con la ciudad no han eliminado la vitalidad de los antiguos barrios, con sus intrincadas redes de clientela y la lealtad que todavía consiguen imponer como medio ambiente urbano, en algunos casos deteriorado, abandonado e incluso políticamente corrupto o refugios del hampa, ahora dedicada a la especulación inmobiliaria. El rasgo particularista del barrio, y hasta del barrio semiindependiente de su propia ciudad, ha sido a menudo reforzado por la propia ecología urbana, como nos lo demuestran Scutari, en Estambul, y Triana, en Sevilla. (Scutari y Triana nunca fueron en realidad, ni son, segundas ciudades al otro lado de la orilla: sus habitantes siempre han sabido que debían su existencia a la ciudad grande, quiz a más bien, lo que sabían era que la gran ciudad dependía de su desvelos y trabajo).

Puede que los acontecimientos recientes no hayan alterado demasiado esta situación. La inmigración, por ejemplo, ha obedecido con frecuencia a pautas preestablecidas de adaptación al medio ambiente que la acoge. En muchos casos, el nuevo barrio de inmigrantes va cortando los vínculos que le unen a su anterior región o país de origen, a la vez que se convierte en un nuevo foco sealado de localismo urbano. En otros, los inmigrantes conservan su idioma, dialecto o religión, como lo han hecho los armenios en Jerusalén, y como en gran medida hacen hoy los andaluces en las ciudades de Cataluña. Por su parte la inmigración norteafricana, centroafricana o ultramarina que ha empezado en gran escala en la Europa sur al alcanzar ésta el nivel de vida de los países avanzados no parece igualmente asimilable o acomodable. Todo ello intensifica el aspecto de mosaico que ofrecen las

ciudades del sur de Europa, así como las levantinas y otras del Mediterráneo. Una vez más, el oído avezado puede escuchar el débil eco de esa tribu sedentaria que es el barrio, tanto el tradicional como el de nuevo cuño, sobre todo si éste está compuesto por inmigrantes o por sus descendientes.

(b) La brecha entre la ciudad y el campo. Hasta épocas muy recientes, la ciudad mediterránea había estado llena de recuerdos de sus relaciones ambivalentes con el mundo rural. Tras la Segunda Guerra Mundial hubo capitales políticas e industriales que se vieron 'invadidas' por multitud de campesinos inmigrantes. Casi de la noche a la mañana, los jornaleros sin tierra (*braccianti*, *braceros*) se transformaron en proletarios urbanos, habitantes de barriadas de chabolas o *bidonvilles* de creciente e irregular expansión. Durante un tiempo, los nuevos suburbios semejaban las "ciudades campesinas" de Latinoamérica y reproducían algunos rasgos de los primeros centros de la revolución industrial en Inglaterra y otros lugares. Esto, junto con la fuerte influencia ejercida por todas las ciudades sobre las zonas rurales más alejadas de los núcleos urbanos, debería bastar para evitar cualquier utilización ingenua de la dicotomía entre campo y ciudad. (Ello ha sido ya debidamente criticado por los sociólogos urbanos, y no es menester que añadamos nada). No obstante, la naturaleza particularmente cerrada de la ciudad mediterránea tradicional y la insistencia de ésta en mantenerse separada de las zonas alejadas de las que obtenía su sustento -y gran parte de su riqueza- exige que se conserve la vieja dicotomía, si bien con todas las limitaciones necesarias.

El moro andaluz exiliado Abén Jaldún, poseedor de un profundo conocimiento de las ciudades andaluzas (Sevilla, de primera mano) y mogrebies, además de El Cairo, fue uno de los primeros teóricos sociales en señalar la importancia de la brecha existente entre la vida dentro y fuera de los muros de la ciudad. No consideraba que ambos mundos fueran sólo antagónicos y opuestos. Sus universos eran también ámbitos complementarios, concepciones alternativas de la vida, con su respectiva dignidad, que se necesitaban mutuamente. Lo que el sabio Abén Jaldún viera con lucidez no fue siempre entendido por los gobernantes de las ciudades. La creación de emporios marítimos, tribunales territoriales del estado, ciudades industriales tradicionales, puso en gran medida a esos núcleos urbanos a merced del campo, que era el que producía los cereales y otras materias primas, mientras ellas actuaban al margen de él y hasta en su contra. Las insurrecciones plebeyas y los disturbios urbanos a lo largo de toda la historia del Mediterráneo (levantamientos cordobeses contra el Califa) van unidos al doloroso, y con demasiada frecuencia, inesperado descubrimiento de ese divorcio. En la era preindustrial, el continuo decomiso de barcos de cereales (una forma institucionalizada de piratería) con destino a otras ciudades refleja el hecho de que éstas habían vuelto la espalda a sus propios y cercanos entornos campesinos.

Este fue el caso de Génova en su apogeo. Otras ciudades, como Lisboa a principios del siglo XVI, tomaron diversas vías de desarrollo sin mantener una armonía con su entorno:

se volcaron sobre el comercio, el tráfico de esclavos, o el gasto suntuario para la nobleza. Descuidaron de manera peligrosa la agricultura o dejaron la industria en manos de extranjeros⁹. A pesar de que el vínculo entre campo y ciudad nunca pudo romperse del todo, las ciudades meridionales fueron desarrollando un mundo propio que se apartaba a menudo del ambiente rural. Bien fuera por la existencia de latifundios en el sur de Italia y España¹⁰ o porque todo el imperio otomano sostuviera la capital (cada provincia del modo que le había sido prescrito), al campo y al mundo del campesino se les mantuvo siempre bien alejados. A la simbiosis económica se la diferenciaba cuidadosamente de la simbiosis social. Cuando el hambre o la peste azotaban las zonas rurales, en su huida, los desesperados campesinos que en ellas habitaban se encontraban con que las murallas de la ciudad les habían cerrado sus puertas. En cambio, si el caso era a la inversa, el modo de proceder era huir al campo. Incluso la *plebecula urbana*, por hablar como los patricios romanos, se sentía arrogantemente superior a la gente del campo e intrínsecamente diferente. Hasta tiempos recientes el hombre de la ciudad más pobre ha mirado al campesino, al *contadino*, al *pagès*, con irrisión y desprecio. No en vano la palabra catalana *pagès* proviene de pagano, no cristianizado, primitivo. Un teórico de la libertad cívica tardomedieval, como fuera Francesc Eiximenis, mostraba en su *Regiment de la cosa pública* poco cariño por los payeses.

Los nobles y patricios urbanos sureños fueron los primeros en levantar casas de campo y palacios en las zonas rurales. (No todo son centros históricos, la Ruzafa cordobesa y Medina Azahara están fuera del centro pero son parte esencial de su identidad.) Sin embargo, a diferencia de algunos de sus predecesores romanos de la época clásica, de mentalidad agrícola, su opinión al respecto era totalmente bucólica, despreocupada y pastoral: desde el punto de vista humano, dicho movimiento no condujo -como a la larga ocurriría en la Europa septentrional- hacia una reconciliación con el mundo rural y la mejora de éste. Por supuesto que las cosas, finalmente, han cambiado. Ahora el sur considera el campo de manera distinta. No siempre es para mejorar, ya que, como en otros sitios y debido al extendido afán de poseer una *résidence sécondaire*, está siendo invadido por imponentes y horribles 'urbanizaciones' -negación de lo urbano- destruido por las autopistas, los campos de golf, las colonias de vacaciones, los coches y motos 'todo terreno' y la incuria especulativa, amén de su deterioro industrial, no menos grave que en otras partes de Europa. En todo caso, se han hecho esfuerzos para que el campo llegue a la ciudad: se están creando 'zonas verdes protegidas', 'espacios abiertos' y grandes parques en el interior de las ciudades. (La transformación del lecho del Turia en Valencia en tal parque es ejemplo de esta corriente inversa). Algunos de estos esfuerzos forman parte de las promesas de los políticos, a menudo presionados por los movimientos ambientalistas y ecologistas urbanos. La tardanza con que las actitudes modernas hacia la naturaleza en general y el ambiente rural en particular han echado raíces en el Sur de Europa, y las dificultades con que tropieza en la actualidad

⁹ J. Caro Baroja (1966), p.29.

¹⁰ *Ibid.* p 32.

el desarrollo de un nuevo planteamiento en esos asuntos, son en gran parte debidos a la profunda brecha antaño existente entre campo y ciudad. En algunas zonas, este vacío ha sido colmado, aunque de modo imperfecto. En otras, no ha sido cubierto en absoluto¹¹.

(c) Sociedades clasistas incompletas. Tras sus murallas, las ciudades preindustriales del sur fueron innovadoras, tanto en sus tentativas jurídicas, políticas y financieras como en el campo de la literatura, el arte y la tecnología. A medida que iban especializándose, sus órdenes sociales se iban diferenciando. Era como si las variedades surgidas de la experiencia política griega se repitieran de nuevo mil años más tarde, aunque de modo distinto, y no por ello en menor grado. A pesar de las diferencias, existían semejanzas importantes entre ciudades, muchas de las cuales participaron en un proceso histórico común que las llevó de un régimen popular a otro oligárquico o tiránico a lo largo del período que va desde el final del Medioevo al Renacimiento. Pero las generalizaciones son poco menos que imposibles.

En Génova, por ejemplo, el *popolo* no consiguió nunca el poder. La ciudad, por tanto, siguió siendo una república mercantil en manos de la aristocracia. Su vida cívica era tan sólo incipiente si se la compara con la de Florencia¹² o la de Barcelona, su gran rival al otro lado del golfo. En contraste con ellas, Nápoles y Constantinopla -y más tarde Estambul- con mucho las mayores urbes de la Europa preindustrial, fueron siempre ejes de estados territoriales. Otras ciudades como Ragusa, Milán y, de nuevo, Barcelona, alcanzaron un nivel social 'intermedio' por cuanto que estaban vinculadas a otras unidades políticas más extensas: el imperio otomano, el Sacro Imperio romano germánico, la corona de Aragón. Aún así, conservaron una autonomía económica, jurídica y militar considerable. Salvo Venecia, que siempre fue un caso excepcional, con su proverbial estabilidad y su élite formalista y exclusiva¹³, ninguna ciudad consiguió nunca estar en paz consigo misma. La distribución del poder y los privilegios se vio muy a menudo desbaratada por las constantes redistribuciones de riqueza y honor que los avatares del comercio, la industria y la guerra trajeron consigo. Las pugnas entre las diversas facciones y estamentos sociales eran endémicas, y a la larga destruyeron las libertades de los ciudadanos; libertades que habían sido establecidas por la misma civilización urbana.

En todas partes, a la postre, la estructura social de la ciudad, a modo de estado y de gremio, quedó erosionada por la voluntad política de los gobernantes de los estados territoriales emergentes. En algunos casos, el final de esa estructura fue brusco, como cuando el emperador Carlos V aplastó los derechos y privilegios de ciudades castellanas, en nombre de un nuevo absolutismo real. Pero también lo erosionó la misma civilización burguesa que había emanado de la ciudad: la sociedad de clases, antes de lograr propagarse a través del mundo rural, apareció como enclave urbano; no obstante, en la Europa meridional no llegó a

¹¹ P.A. Allum (1973) pp. 42-43.

¹² D.O. Hughes (1978) p. 130; L. Martines (1980).

¹³ P. Burke (1974).

alcanzar su madurez, salvo en unos pocos lugares. Nunca fue lo suficientemente fuerte para invadir el conjunto de la sociedad. En las ciudades, además, las clases se hallaban sumergidas en una tupida red de corporaciones y jerarquías que, a principios de la era moderna, consiguieron resistir las innovaciones y amortiguar, por tanto, el avance en el desarrollo del capitalismo y la industrialización¹⁴. (Incluso en la Europa septentrional, dicho desarrollo tuvo lugar a menudo en ciudades nuevas, libres de los poderes mono y oligopolíticos de las corporaciones y los patricios de las antiguas). Las ciudades anquilosadas del Mediterráneo se volvieron tan hostiles hacia el libre movimiento de capital, mano de obra y mercancías como la mayoría de los demás núcleos urbanos venerables. Con todo, a excepción de unos pocos casos de enclaves capitalistas e industriales pujantes (Barcelona, Milán), no surgieron núcleos industriales rivales frente a las viejas capitales, como ocurriera, por ejemplo, en Inglaterra. Las escleróticas y recalcitrantes ciudades del Sur lograron así una lúgubre victoria, y, por consiguiente, la sociedad urbana sólo se abrió allí a la reestructuración moderna, en forma de clases sociales, de manera muy lenta e insegura, durante el siglo XIX.

Es en el Mediterráneo donde los aspectos corporativistas premodernos han logrado perdurar mejor, rodeadas por otras pautas de desigualdad, más concordes con la modernidad. En consecuencia, muchos han considerado que los lazos creados por la lealtad personal y el parentesco, el patronazgo y el clientelismo son hoy más fuertes que los creados por los intereses e ideologías de clase. Ello es cierto en ciudades como Palermo y Nápoles¹⁵. Las ataduras de la reputación personal y la deshonra pública, tan características de la región¹⁶, no deben confundirse con su tradicional gremialismo, más ligado en ciertas ciudades a hermandades (a veces religiosas, como en Sevilla y otras ciudades andaluzas) y fraternidades que a cualquier forma de asociacionismo moderno. Además, ciertas asociaciones criminales (las *germanías* de Sevilla, en el siglo XVI; o la *camorra* de Nápoles, en el XIX y hasta el XXI) no dejan de estar influidas, en un principio, por las corporaciones. Las germanías sevillanas se establecieron a imitación exacta de los gremios de artesanos¹⁷.

Los esquemas y simbología de la vieja organización corporativista de la vida ciudadana fue ampliamente utilizada por ideólogos reaccionarios y fascistas en busca de una nueva armonía política entre clases sociales, muy desiguales y radicalizadas, fruto del capitalismo periférico y la modernización tardía de sus países. Mas quienes urdieron tales doctrinas ultraconservadoras en el Mediterráneo no se encontraban precisamente solos en su nostalgia medievalista, como así lo demuestran Austria y otros países del Norte.

La historia posterior a 1945 intensificó la erosión de estos rasgos. Con todo, todavía a finales de los años 60 y principios de los 70, los analistas continuaban poniendo de relieve

¹⁴ M. Olson (1982) pp. 14, 121, 123-124.

¹⁵ J. Chubb (1982).

¹⁶ J. Caro Baroja (1966) pp. 63-130.

¹⁷ Ibid. p.28.

la arcaica estructura de clases de la región y su naturaleza incompleta en comparación con los modelos de desigualdad característicos, en aquel tiempo, de la Europa septentrional¹⁸. Es digno de mención que aquéllos no limitaran sus observaciones al mundo rural, y que las hicieran claramente extensivas a las numerosas ciudades no industriales o semi-industriales de la orilla sur del Mediterráneo.

(d) La cultura societaria y la ciudad. Una capital indiscutible es el reflejo de su sociedad a la vez que su centro moral. Pueden existir fuertes tensiones con su periferia nacional, pero éstas no logran menoscabar este hecho elemental. Algunos países de la región han alcanzado esa situación paradigmática -característica de Londres y París- desde el principio. Lisboa en Portugal, la nación estado étnicamente homogénea más antigua de Europa, es el ejemplo más representativo del Sur. Tal vez sea el único. Atenas y Grecia son las que más se le acercan, si bien Atenas sólo fue establecida como capital de los helenos en la época de la revuelta contra la Puerta, con todo el poder de movilización, simbólico y evocador, que su nombre tenía para los nacionalistas de corte occidental. Naturalmente, para la mayoría de los griegos, Constantinopla continuó siendo la capital espiritual de su identidad cristiana y étnica. Fue así como las vanas esperanzas de recuperar la Ciudad se convirtieron, con el tiempo, en parte de un mito peligroso, la *megali idea*, cargado de potencial hipernacionalista y hasta profascista. Roma tuvo la misma fuerza evocadora de recuperación para los italianos que deseaban la unificación, y el mito resultó útil para menoscabar el estado papal situado entre ellos y el reino de Nápoles. Con todo, los habitantes del Norte pronto empezaron a experimentar un sentimiento de hostilidad hacia Roma. Turín ya había experimentado ese mismo sentimiento hacia Florencia cuando ésta se convirtió temporalmente en la capital del nuevo reino, ya que aquella ciudad piemontesa sufrió casi inmediatamente un declive económico y demográfico. Fue entonces cuando todas las regiones de Italia se resintieron a su vez del *piamontesismo* (la ocupación de cargos oficiales por parte de piemonteses). Poco después, los norteños empezaron a quejarse del control ejercido por los sureños sobre la administración del estado y el gobierno de Roma. Esas tensiones son análogas a las existentes entre Estambul y Ankara, Barcelona y Madrid, que ilustran los problemas que surgen debido a la dimensión que adquieren las ciudades como iconos colectivos y autoimágenes nacionales. Así pues, Ankara simboliza una ruptura trascendental con un pasado encarnado por Estambul; pasado del que, sin embargo, no puede hacerse caso omiso, ya que otorga dignidad y sentido a la nación turca. En cuanto a Barcelona, ciudad burguesa, próspera e industrial, ha sido, y sigue siendo, considerada por los habitantes de Cataluña como su *cap i casal*, "cabeza y hogar", sea cual sea la capital política y administrativa de España. Prácticamente todas las ciudades importantes a ambos lados de la región que circunda al mar Mediterráneo -Argel, Tel Aviv, Jerusalén- necesitarían una explicación detallada acerca de su importancia simbólica y cultural para el orden general de la sociedad, la nación o

¹⁸ M.S. Archer y S. Giner (1971): véanse los capítulos sobre Italia, Grecia, España y Portugal.

la fe. Dicha zona abarca, además, una impresionante cantidad de ciudades santas¹⁹ para algunas de las principales religiones del mundo -la Santa Sede del Vaticano, Jerusalén, y Constantinopla, sede de la Iglesia Ortodoxa del Este- y de creencias universales de menor alcance -Haifa para los Baha'is- así como lugares sagrados nacionales e internacionales, algunos de los cuales fueron creados muy recientemente y su situación está, de manera asaz significativa, alejada de las ciudades 'corruptas' y secularizadas. De hecho, Fátima y Lourdes, así como otros lugares milagrosos, surgieron en parte como reacción contra el urbanismo, cuando su expansión comenzó amenazar gravemente piedad e integridad moral de campesinos y labradores²⁰.

La función que muchas ciudades desempeñan como capitales de identificaciones étnicas, religiosas, culturales y nacionales (a menudo en desacuerdo con las medidas oficiales políticas y administrativas) es una razón poderosa, heredada del pasado, cuyas consecuencias en la distribución de los recursos, la movilización de las lealtades políticas y la dinámica general de la zona son más que evidentes, aún cuando su peso específico en los acontecimientos, como ocurre siempre con esta suerte de cuestiones, nunca se puede determinar con exactitud.

Hasta aquí he identificado cuatro haces de fenómenos históricos: la fisura entre lo urbano y lo rural, las jerarquías verticales del patronazgo y la lealtad, el poder y la cohesión de la comunidad local dentro del conjunto de la ciudad, y el significado colectivo de esta última para el conjunto de la sociedad. Con ellos no se agotan todos los aspectos pertinentes al legado del pasado. Una quinta dimensión, dentro de esta amplia categorización de factores históricos determinantes del presente, la constituye la absoluta complejidad y riqueza del escenario físico de las ciudades mediterráneas y su medio ambiente, y comprende el trazado de las ciudades, los monumentos, antiguas defensas, museos, palacios, templos, castillos, mercados y, por último, los viejos barrios de las ciudades (algunos, como en Oporto, fácilmente adaptables a la conservación y renovación urbanas)²¹; pero otros, como en Marsella, Palermo, Nápoles, formando una *casbah* en la que la pobreza, el chabolismo y el hampa se mezclan de manera característica y peligrosa²². Algunos aspectos de este conjunto de características físicas obstaculizan el funcionamiento, más moderno y eficiente, de la vida política y económica. Otros, en cambio, actúan como potenciadores o útiles provechosos para la producción de riqueza, puesto que el medio ambiente de las ciudades antiguas, lo que ha venido a llamarse su centro histórico (antes, casco viejo, parte antigua) ejerce una fuerte atracción sobre el turismo, el arte, los estudios superiores y demás formas de expresión cultural. Actualmente, sus palacios señoriales y edificios municipales adquieren una nueva dimensión: se celebran simposios científicos en castillos, se establecen universidades

¹⁹ A. Toynbee (1970): capítulos sobre las ciudades santas, pp. 153-172.

²⁰ El episodio del Palmar de Troya, en Sevilla, aparte de sus aspectos cómicos, comparte estas características.

²¹ A. Williams (1980).

²² P.A. Allum (1973) pp. 28, 36, 58.

en antiguas abadías, y el teatro, la música y la danza descubren sus nuevos escenarios en los templos y plazas de antaño. La ciudad antigua, percibida ahora como un monumento, otorga legitimidad y sentido a la estética de la hipermodernidad. La monumentalización y 'musicización' del pasado encuentran en las nobles ciudades del sur un campo fértil de actuaciones municipales o estatales. El peligro de la degradación de la ciudad monumental en 'parque temático' acecha, pero poner coto a esa banalización depende de los ciudadanos responsables que la poseen y rigen.

El urbanista de la rehabilitación, expresión de la intensa arqueofilia del presente, ahoga en *son et lumière* la vida espontánea, si bien sucia y destartalada, de los barrios deteriorados. A su revalorización se incorpora la recuperación del espacio por clases profesionales pudientes, que vuelve ahora a los barrios viejos en varias urbes importantes en busca de una culta autenticidad a precio razonable.

III. LA CIUDAD MEDITERRANEA EN EL ESTADO TERRITORIAL

El orden tradicional de las ciudades preindustriales occidentales se vino abajo bajo los embates de la economía capitalista y el estado territorial, elementos ambos que son, en parte, fruto del mismo mundo urbano. Lejos de perecer, sin embargo las ciudades empezaron a desempeñar nuevas y decisivas tareas. A medida que las viejas murallas de las ciudades iban siendo derribadas y éstas se convertían en *città aperte*, el mundo exterior fue resultando más amplio y accesible: iba a surgir la metrópolis moderna. En las ciudades estado o en las viejas ciudades imperiales, ciertos estamentos habían gozado de la atribución de privilegios; ahora, el acceso universal y competitivo a las condiciones del mercado y el derecho a participar en la vida de la politeya, se extendía en principio a todos los súbditos del estado. En consecuencia, las ciudades -incluso las capitales- perdieron los privilegios jurídicamente establecidos: éstas y sus distritos pasaron a ser simplemente una más de las divisiones, provincias o departamentos administrativos -supuestamente iguales a todas las demás- dentro del orden del estado homogéneo.

El grado de aproximación a esa situación ideal varió según las distintas sociedades occidentales, siendo las mediterráneas las que más se alejaron de él. Políticamente, el proceso de formación de estados fue deficiente en el sur y, económicamente, sus diversos estados sufrieron una fuerte periferización, convirtiéndose en zonas dependientes de los nuevos núcleos industriales, sin llegar a ser colonias ni perder por entero un reducido grado -aunque cualitativamente muy significativo- de autonomía y soberanía. Esta situación ambigua generó una larga serie de desórdenes y obstrucciones que con frecuencia condujeron a la desintegración política, la inestabilidad endémica, los conflictos civiles a gran escala, las dictaduras y las revueltas populares. Todos esos trastornos sociales no se dieron de manera fortuita. En realidad, la historia de los países mediterráneos, desde la época de la Revolución Francesa en adelante, posee una coherencia mayor de la que pueda parecer a simple

vista: se pueden distinguir sus diversas pautas y etapas, y establecerlas para toda la región. Hay, por así decirlo, una lógica identificable en la evolución de la Europa meridional hacia la plena modernidad que hoy ha alcanzado²³. Ese proceso histórico coherente -que no puede ser analizado en este lugar- constituye el trasfondo que explica, en gran parte, la vida y el comportamiento urbanos, recientes y contemporáneos, de esa parte del continente.

(a) La periferización económica del sur. Cuando la iniciativa económica tomó rumbo norte, los países del Mediterráneo quedaron en una situación peculiar, la que les condujo más tarde al fracaso de sus respectivas revoluciones industriales. Tal fracaso político y económico, sin embargo, no fue completo. Así, la ciudad estado de Venecia mostró una resistencia extraordinaria a la adversidad desde el siglo XVI al XVIII y continuó prosperando. Ya en el siglo XVII el imperio otomano dio muestras de esclerosis y España, durante ese mismo período, experimentó una rápida decadencia; a pesar de ello, el siguiente siglo fue para España una época de renovación, reforma y expansión. Por otra parte, los dos grandes imperios ibéricos de ultramar, fundados antes del declive del Mediterráneo, continuaron prácticamente intactos e incluso creciendo hasta el siglo XIX.

Tanto los propios procesos internos de decadencia de todos estos países (a pesar de los notables esfuerzos de reconstrucción) como la tendencia de la revolución industrial a adquirir un mayor desarrollo en el norte de Europa, hicieron que sufrieran fuertes desequilibrios. La integración en el todavía incipiente sistema económico mundial significaba, a lo sumo, situarse en una posición semiperiférica. Las capitales y otras ciudades, en cuanto que estaban vinculadas a los estados existentes y sus colonias, consiguieron seguir gozando de prosperidad, aunque como entidades parásitas más que otra cosa. Así, hasta la pérdida del Brasil, Lisboa percibió fuertes ingresos del erario público: las consecuencias del devastador terremoto y maremoto de 1755 fueron superadas sin esfuerzo con la ayuda de los ingresos procedentes de las colonias y, gracias a ello, pudo llevarse a cabo con éxito uno de los casos más impresionantes de remodelación urbana que se hayan emprendido jamás²⁴. No obstante, en todas partes se empezó a sentir con gran fuerza el peso de la incipiente redistribución ecológica de la economía occidental. En los países otomanos, por ejemplo, se dio un desplazamiento de las ciudades hacia el oeste, particularmente en los Balcanes; en Siria, Palestina y la Anatolia occidental las ciudades empezaron a 'mudarse' hacia los litorales, a modo de puestos avanzados para el comercio hacia occidente. La Anatolia oriental, en cambio, permaneció prácticamente inaccesible al núcleo capitalista y sufrió, por tanto, una mayor periferización²⁵.

Tanto debido a la implacable presión ejercida por la expansión capitalista e industrial -fundamentalmente exógena a la región en su versión 'avanzada'- como a las exigencias del

²³ S. Giner (1986).

²⁴ A. Williams (1983).

²⁵ I. Sunar (1980) pp. 563-564 y 570.

estado territorial moderno, extensas regiones de la Europa meridional dejaron de constituir un ámbito de ciudades estado, relativamente autónomas y predominantemente autocéfalas. Uno tras otro, los mercados y unidades económicas más reducidas se vinieron abajo. Nuevas capitales políticas fueron estableciendo su autoridad, mientras que muchas ciudades decaían y algunas otras, aunque pocas, lograban convertirse en centros industriales. (Algunos, como Barcelona y Turín, nada despreciables.) La nueva morfología urbana así surgida caracterizó a la región hasta el final de la Segunda Guerra Mundial y los dos decenios siguientes. Tal morfología consta de tres suertes de ciudad:

- *ciudades estancadas*, en decadencia o incluso 'caídas', que reflejan la cruel realidad de la periferización económica y también, en algunos casos, la pérdida de autonomía política;
- nuevas *capitales políticas* unidas al estado (desde la primera capital nueva, Madrid, fundada en el siglo XVI, hasta la última de ellas, Ankara, fundada en el XX); estas ciudades dependían en gran medida del aparato político, administrativo y militar; y
- un reducido número de *enclaves mercantiles* y burgueses, prósperas ciudades cuya base era el comercio (Cádiz) o que eran precursoras de la revolución industrial en la región (Turín y Milán; Barcelona y Bilbao).

(b) *Ciudades dominadas por la politeya*.²⁶ Tanto los viejos estados (Portugal, España) como los nuevos (Grecia, Italia y el caso intermedio de Turquía) eran débiles. No existe ninguna medida de centralismo administrativo, ni solución dictatorial, ni acumulación de poderes por parte del gobierno que sea capaz de ocultar esa realidad fundamental. El centralismo deficiente, unido a la pura incompetencia de las nuevas clases compuestas por el funcionariado público, dice bastante acerca de la historia reciente de esos países. Sus centros políticos no eran tan eficaces como aparentaban ser, y ésta es la razón por la que la respuesta del gobierno a las exigencias populares fuera con frecuencia la represión violenta, y no hábiles concesiones ni políticas de bienestar que no estaban en condiciones de poner en vigor²⁷. El atraso económico y las sociedades civiles débiles o inmaduras prestaron especial fuerza a los estratos sociales cuyos medios de vida o perspectivas de progreso dependían de la burocracia estatal, el ejército y la clase política. Las tendencias centrifugas de las diversas regiones, oligarquías locales y distintos grupos de intereses económicos (algunos proteccionistas, otros librecambistas) aumentaron la importancia de los nuevos centros nacionales para la toma de decisiones. La imperiosa coordinación que de ellos emanaba llegó a ser decisiva para el mantenimiento de un precario orden político. La economía no 'funcionaba por sí sola' como en los países más integrados del bloque capitalista. En el Sur, el estado era, lo quisiera o no, intervencionista, aunque no en un sentido verdaderamente moderno. Por consiguiente, en opinión de las gentes, las capitales encarnaban ciertos rasgos nega-

²⁶ He tomado esta expresión del concepto de 'polity dominated society' tal como aparece en I. Sunar e S. Sayari (1982) p.15.

²⁷ S. Giner (1984-A) para un análisis de estas tendencias en el caso español.

tivos: eran distantes, temibles y ‘culpables’ de muchos de los males nacionales²⁸. Al mismo tiempo, eran también poderosos polos de atracción: generaban empleo, poder y prosperidad. La relativa autonomía de la que gozaban los nuevos estados frente a las estructuras económicas de las sociedades que controlaban se reflejó en lejanía de sus capitales con respecto a su mundo circundante. La extraordinaria acumulación en ellas de personal político y administrativo, civil y militar, fue expresión, también, de esta anomalía. En Atenas, Roma, Madrid, Lisboa y, más tarde, Ankara, se produjo en este período una fuerte inflación burocrática²⁹. Con relación al volumen total de población, y en comparación con otras sociedades europeas, la hipertrofia estatal y administrativa no parecía excesiva. Sí lo era, en cambio, con relación a lo reducido de aquellos sectores que en cada país constituían el componente social realmente moderno. En algunos casos tal componente solía concentrarse en enclaves ‘burgueses’ (a veces progresistas), lejos de la capital política, agravando con ello las tensiones y desequilibrios interregionales.

(c) Polaridades metropolitanas y desarrollo nacional y estatal. El crecimiento de los emporios comerciales e industriales, lejos de la capital política, ilustra el divorcio que existía entre sociedad política y civil en algunos países de la Europa meridional. Podemos incluso decir, con la debida precaución, que en algunos países del Mediterráneo tuvo lugar la proverbial “leyenda de las dos ciudades” (*tale of two cities*), que reproducía esta importante dicotomía. Hasta épocas muy recientes (y, en menor grado, todavía hoy) muchos observadores consideraban a España e Italia como países bicéfalos, cada uno con dos metrópolis. Milán y Barcelona, Roma y Madrid, vinieron a ser ejemplos paradigmáticos de industria y sociedad burguesa por un lado, y poder político y administrativo por otro. La cultura y actitud de las dos ciudades ‘burguesas’ se basaba en el florecimiento de sus sociedades civiles, en el culto a la iniciativa privada, la competencia, el progreso y la confianza en sí mismos, sin necesidad de otro apoyo estatal que, en algunos casos, el proteccionismo. En cambio, en las capitales políticas la mentalidad de las clases privilegiadas las arrastraba al acaparamiento del aparato del estado y al fomento del estatalismo (*étatisme*) y el parasitismo burocrático, con su correspondiente incompreensión frente a una interpretación más individualista de la vida, que era la que prevalecía en las capitales fabriles y burguesas. La dicotomía urbana, metropolitana, que, con relativa pero notable nitidez, fue desarrollándose en Italia y España durante la mayor parte del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX³⁰ podría fácilmente hacerse extensible a Turquía, con la polaridad representada por Estambul y Ankara, y, aunque en menor grado, a Portugal, donde Oporto y Lisboa responderían a ella aunque de una manera más vaga. Con respecto a esto, a pesar de la importancia de Salónica, las características macrocefálicas de Atenas hacen que las comparaciones sean

²⁸ Para la noción de culpa con respecto a la capital española, J. Salcedo (1977).

²⁹ Para la inflación burocrática en el nuevo estado griego, N. Mouzelis (1978) pp. 14-32 y 134-149.

³⁰ Que la dicotomía es relativa se ve en seguida al considerar la vecina de Milán, Turín, y Génova no pueden excluirse del caso italiano, mientras que Barcelona es un caso ‘imperfecto’ ya que no consiguió desarrollar un poderoso sistema financiero y bancario (R. Ferras, 1977 y S. Giner, 1984-B), lo cual ocurrió en Bilbao. El hecho de que Barcelona y Bilbao poseen (junto a Valencia) bolsas de valores, ilustra la fragmentación del poder económico español en las fases cruciales de la modernización.

más difíciles y acaso rebuscadas³¹, aunque es significativo que la ciudad macedonia reciba cortésmente el nombre de 'segunda' u 'otra' capital helena. En todo caso, en ciertos países del sur, la bipolaridad de las capitales no parece haber sido un fenómeno de un valor puramente metafórico: las históricas rivalidades y tensiones existentes entre Madrid y Barcelona, Roma y Milán, han sido demasiado serias como para desechar a la ligera este interesante tema dentro de la relación entre esfera política y metrópolis en la historia moderna del Mediterráneo³².

El destino de cada uno de los focos metropolitanos de cada país ha variado considerablemente de un país a otro. La comparación entre Turín, capital del reino de Savoya, y Barcelona, capital de Cataluña sirve para poner de relieve de manera patente estas diferencias. Las sociedades catalana y piamontesa, en contraste con un trasfondo social, cultural y político -ya sea hispano o italiano- históricamente más 'atrasado', se nos presentan como regiones históricamente capaces de haber entrado a formar parte del mundo moderno, de llevar a cabo las revoluciones capitalista e industrial, y de desarrollar -y no tan sólo adoptar- las ideas del liberalismo, el socialismo, el anarquismo, el constitucionalismo y el racionalismo al unisono con el resto de la Europa occidental. Precisamente por ello hay que concluir que sus sociedades respectivas, si bien eran en un principio periféricas a las culturas centrales de los estados a los cuales pertenecen en la actualidad, aunque eran asimismo centrales para ellos por cuanto se convirtieron en poderosas regiones industriales y esencialmente urbanas, de cuya prosperidad dependía en gran medida toda la economía nacional.

Las diferencias entre el Piamonte y Cataluña, a pesar de ser considerables, no distorsionan la situación sino que, por el contrario, son extremadamente ilustrativas. En algunos casos se trata tan sólo de una diferencia de nivel: Cataluña no es sólo una región, sino también una nación, así reconocida en la Constitución española de 1978; el Piamonte, a pesar de su fuerte personalidad lingüística y cultural dentro de Italia, está voluntaria y expresamente definido como una región. El idioma catalán es claramente una lengua romance, al igual que el francés, el italiano o el rumano. Puede que el capitalismo catalán, y de hecho la modernidad de la estructura social de Cataluña, sea más antiguo o históricamente precoz que el del Piamonte pero, con todo, el capitalismo e industrialismo piamonteses alcanzaron altos niveles de internacionalización y modernización a los cuales Cataluña llegó tan sólo de un modo incompleto. Mientras que ambas son en la actualidad importantes regiones industriales, el desarrollo catalán parece haber ido rezagado con respecto a los logros obtenidos por el Piamonte y la Lombardía. Políticamente, los marginales y periféricos turineses desplazaron sus ambiciones políticas del mundo transalpino a la península italiana, convirtiéndose con ello en los principales artífices de una Italia unida como nación.

³¹ L. Leontidou (1990).

³² Sobre las deventajas históricas de que existan 'demasiados' polos urbanos, F. Braudel (1975) p. 351.

Los barceloneses, por su parte, atrincherados durante largo tiempo en su Principado, defendieron celosamente su relativa independencia dentro de la corona española y su imperio, teniendo que luchar a veces contra ellos por pura supervivencia. No tenían ningún mundo que unificar: todo el peso de la realidad de la Monarquía Hispánica -torpe y arcaica y castellanizada era su importante realidad política. Mientras los piemonteses conquistaban y construían el estado italiano, los catalanes tuvieron que amoldarse al preexistente estado español y sobrevivir como comunidad nacional. Por lo que se refiere a esto, el hecho de que las expresiones *catalanismo* y *piemontesismo* tengan significados diametralmente opuestos es sumamente revelador. Catalanismo quiere decir, claro está, nacionalismo catalán, e incluso puede significar a veces separatismo e independentismo. Como ya he señalado anteriormente, 'piemontesismo' es un término que fue ampliamente utilizado durante los años posteriores a la creación del reino de Italia, después de 1861, para denotar la tendencia a construir el nuevo estado con arreglo a los criterios del estado sardo. Dicha expresión reflejaba también el resentimiento de lombardos, toscanos y, especialmente, sureños contra la temprana penetración piemontesa en la administración del estado y el ejército. En el estado español jamás se dio una penetración catalana de ese tipo: su representación insuficiente en los cargos políticos y administrativos -al menos hasta el advenimiento de la democracia en 1976- fue siempre la norma.

IV. LA URBANIZACIÓN MERIDIONAL DEL PROGRESO

Es difícil no entender las tres décadas que presenciaron el auge del fascismo, la dictadura, la guerra civil española, la segunda guerra mundial y la guerra civil griega como verdadera línea divisoria en la historia de la Europa mediterránea. Estos acontecimientos concatenados influyeron en la vida y la evolución del mundo urbano, alterando sus relaciones con las circunstancias políticas y económicas en que se movían. Tal influencia no fue, sin embargo, tan radical como en un principio pudiera parecer. Algunos ritmos y tendencias en la urbanización, el éxodo rural, la secularización, el transporte y otros fenómenos relacionados con la ciudad, que se dieron en aquella época, tuvieron su origen en períodos anteriores. Si trazamos una gráfica de dichos fenómenos veríamos que a menudo siguen pautas previamente establecidas, aunque los sucesos y trastornos de la época o bien los aceleraron o bien, en algunos casos notables, impidieron su desarrollo durante un espacio de tiempo. Un análisis de tendencias presentes y futuras debe juzgar las implicaciones de los ritmos de esos procesos, incluyendo aquellos que se hayan 'desatado' de repente, habiendo sido antes demorados por medios políticos y de otro género.

(a) Los urbanizadores tardíos. Algunos países de la Europa meridional no tan sólo han sido de industrialización tardía sino que también han sido urbanizadores tardíos. Hay casos extremos como, por ejemplo, Lisboa, que a mediados del siglo XIX tenía menos de 200.000 habitantes; y Oporto, que tan sólo tenía algo más de 85.000. Para 1970 ambas ciudades contaban con una población de 782.266 y 310.437 habitantes respectivamente,

aunque la magnitud de sus respectivas áreas metropolitanas era mucho mayor: 1.596.406 y 837.610.

El censo de 1981 indicaba que, en Portugal, el predominio de las dos áreas metropolitanas se había fortalecido, sin que ninguna otra ciudad o población, cualquiera que fuera su importancia (Coimbra, Braga, Setúbal, ésta última prácticamente dentro del conjunto urbano lisboeta) pudiera competir con las dos únicas grandes *ciudades*³³. En otros países meridionales, en cambio, había ciudades "secundarias", nuevas y viejas, que estaban ya poniendo a prueba el predominio urbano de la metrópolis reconocida como tal. No obstante, es probable que en Portugal se presenciara un proceso que ya había cumplido su curso en otras partes, especialmente en aquellos países que no fueron industrializadores tan tardíos como el lusitano.

Hubo otros países meridionales que no siguieron el mismo ejemplo. Aunque por largo tiempo el crecimiento de la población rural mantuvo el porcentaje entre habitantes de la ciudad y del campo en una proporción preindustrial (a pesar de la emigración masiva), las grandes ciudades pronto empezaron a crecer con mayor ritmo. Mientras tanto circunstancias políticas y de otra suerte, a las que ya me he referido, produjeron a la sazón urbanización *sin* industrialización en lugares como Atenas y Madrid. En estos casos el éxodo rural generó un proletariado urbano al que no correspondía un desarrollo industrial parejo. (Este, no obstante, vino luego). El temprano crecimiento comercial e industrial pronto hizo que Milán, Barcelona, Marsella, Génova, Bilbao, el Pireo, Setúbal, Salónica y otras ciudades crecieran sin orden ni concierto. Nápoles y Estambul, por su parte, heredaron sus inmensas poblaciones del pasado, si bien a veces sus estructuras sociales no correspondían exactamente a las de una ciudad verdaderamente moderna. Así Nápoles, la ciudad más grande de Italia hasta el final del siglo XIX, podría muy bien describirse como si de un pueblo gigantesco se tratara³⁴, especialmente después de haber dejado de ser corte real y capital estatal. La metáfora de Madrid como 'poblachón manchego' obedece a algo parecido³⁵.

Ya he hecho hincapié en la importancia que la época preindustrial tuvo en la configuración actual del paisaje y entramado urbanos. La explosión urbana llegada tardíamente al Sur tras 1850 incrementó y modificó ese entramado histórico subyacente, sobreimponiéndose de diversas maneras a la sólida estructura desarrollada por proceso de urbanización europeo desde el siglo XVI a finales del XVII³⁶. Dicha explosión dejó algunas antiguas ciudades medievales prácticamente intactas (Évora, Ávila), pasando de largo, y por lo tanto hoy sin centro histórico, porque todas ellas son monumentales. Mientras tanto, los barrios antiguos de casi todas las demás fueron pronto absorbidos por ciudades 'nuevas' y mucho más grandes.

³³ Para la inflación burocrática en el nuevo estado griego, N. Mouzelis (1978) pp. 14-32 y 134-149.

³⁴ P.A. Allum (1973) p. 20.

³⁵ S Giner Madrid... El País (1...).

³⁶ H. Capel (1981) p. 9; J. de Vries (1984).

Las ulteriores oleadas urbanizadoras posteriores a 1945 –extremadamente intensas- crearon un hábitat urbano completamente nuevo cuyas proporciones sobrepasan con mucho las de los núcleos de las antiguas ciudades. Estos últimos son a menudo visualmente, claro está, lo mejor de cada ciudad y su principal foco de atención, de modo que el perfil popular de ésta -su *duomo*, castillo, ayuntamiento, *casbah* o barrio ‘gótico’- puede todavía ser proyectado por la ideología urbana predominante de manera que transmita el espíritu de la ciudad y afirme su singularidad. Los bloques impersonales de viviendas o factorías que la rodean por muchas leguas sin interrupción ni distinción alguna son así adheridos al centro simbólico por arte de tal incorporación cívicoideológica al perfil de cada una de esas ciudades, dotadas de trascendencia a través de sus monumentos históricos. Por lo general hay pocas tentativas para que la carga simbólica y emocional que se halla en los centros históricos se haga extensible a las barriadas más deprimidas que circundan las urbes y ciudades. No siempre quienes se hallan al margen de ‘la sociedad’, como suele ocurrir con el *Lumpenproletariat*, o hasta con los componentes más populares de la ciudad, son objeto de integración ideológica por parte de los privilegiados. Las excepciones son notables: las Olimpiadas de Barcelona, en 1992, por ejemplo, generaron una sustancial revalorización de la periferia, no falta de ligamen con la administración socialista de la ciudad, revalorización en la que entró un esfuerzo por monumentalizar esa periferia con estadios, torres, rascacielos, parques, autovías y hasta viviendas de mayor calidad, aunque no siempre al alcance de los ciudadanos menos prósperos. La celebración de un dudoso foro mundial cultural -ignorado en el extranjero- sirvió como pretexto para repetir al poco tiempo, en 2004, otra operación semejante.

Más allá del enorme y ejemplar *eixample* barcelonés de mediados del siglo XIX, de la madrileña *ciudad lineal* o incluso de los fascistas *sventramenti* de Roma y otras ciudades italianas, se extendió, tras 1945, la urbanización y suburbanización galopante del área mediterránea que situaría el tema de la vida urbana, en su totalidad, a otro nivel discursivo. (La conurbación malagueña hacia Torremolinos y más allá, o el continuo Atenas-Pireo, son dos de los múltiples ejemplos posibles.)

Con estos procesos urbanizadores (estética y ambientalmente perversos) surgió la cuestión acerca de la posible, y siempre problemática, convergencia del Sur de Europa con las características económicas, políticas y de clase del Norte. Empiezan ya a entrar en juego nuevos y poderosos factores en la transformación y creación del espacio urbano: el estado, sobre todo, pero también la corporación multinacional, así como grupos de interés recién organizados. Las sociedades mediterráneas, siempre fieles a sí mismas, mezclaron esas nuevas aportaciones con las condiciones previamente existentes: las nuevas fuerzas de la posguerra, por muy poderosas que fueran, rara vez consiguieron erradicar viejas redes de intereses, o erosionarlas hasta hacerlas totalmente irreconocibles. A la luz de esta observación general pueden establecerse unas cuantas proposiciones más acerca de la relación específica que existe entre lo antiguo y lo nuevo en la región meridional.

(b) Aparición del área metropolitana. La nueva "área metropolitana" o "región" fue el primer terreno en el que se encontraron las antiguas y nuevas fuerzas, ya enzarzadas en una larga pugna, ya conviviendo en simbiosis. Como en otras partes, en el sur las regiones metropolitanas surgieron a partir de la formación de constelaciones de poblaciones y ciudades interdependientes situadas alrededor de un núcleo urbano más grande. Milán y Barcelona son casos paradigmáticos, pero no lo es menos la recién mentada Málaga o Salónica³⁷. Dadas las circunstancias históricas de la zona, dichas regiones experimentaron un desarrollo tardío. Su aparición vino precedida por un crecimiento urbano extremadamente rápido en cada país que ocasionó a veces el surgimiento de importantes "nuevas" capitales provinciales o regionales. En el Mediterráneo, esta forma de transición (precedente a la formación de las áreas metropolitanas) queda ilustrada de manera representativa a través del caso de Turquía, el cual resulta también significativo porque comprende una metrópolis que es aún mucho más grande que la capital política así como la aparición de un nuevo centro en la liga de sus grandes ciudades:

Crecimiento de la población en las cuatro ciudades más grandes de Turquía, 1959-1965³⁸

	1950	1955	1965
Estambul	983.041	1.268.771	1.742.771
Ankara	288.536	451.241	905.660
Izmir	227.578	296.559	411.626
Adana	76.642	168.628	289.919

Una tasa de crecimiento como ésta es la que condujo a la formación de regiones urbanas o megalópolis, aún cuando éstas tan sólo pueden surgir cuando se hallan presentes ciertas características cualitativas. Lo que contribuye a crear una verdadera megalópolis es, sobre todo, una constelación bien trabada de ciudades con sociedades civiles desarrolladas más grupos de intereses organizados más un nivel avanzado de tecnología más una cultura secular o laica. Según tales criterios -que excluirían megalópolis desordenadas tales como Ciudad de México desde fines del siglo XX o hasta la vieja Nápoles, a cuya condición de 'pueblo gigantesco' ya hice alusión- en la Europa occidental había diecisiete regiones de este tipo, o megalópolis, en los decenios posteriores a la Segunda Guerra Mundial:

Zonas europeas de crecimiento megalopolitano 1950-1970 (tasa>32)

	Tasas de crecimiento
1. Madrid	99,13
2. Litoral Vasco (español)	75,85
3. Turín	65,90
4. Lorena	63,69

³⁷ Para el caso de Barcelona, S. Giner (2003).

³⁸ H. Capel (1981) p. 9; J. de Vries (1984).

5.	Milán	57,39
6.	Roma	56,79
7.	Barcelona	52,49
8.	Provenza-Costa Azul	52,14
9.	Londres Norte	49,90
10.	Lión-Grenoble	44,18
11.	Randstadt Este (Alemania, Bélgica, Holanda)	41,66
12.	Ginebra-Lausana-Annecy	40,59
13.	París	39,25
14.	Alto Rín	38,90
15.	Múnich	38,27
16.	Estocolmo	35,03
17.	Valencia	32,29

Del total de las 17 regiones megalopolitanas de la Europa occidental que se indican en la lista³⁹ cerca de la mitad (ocho) se hallan en el Mediterráneo, mientras que toda la mitad superior (a excepción de Lorena) se encuentra en esa zona durante los dos decenios en cuestión. En el caso de Madrid, tuvo lugar un crecimiento verdaderamente excepcional, de un nivel tal vez sin precedentes en Europa y que sólo es comparable a casos anteriores como Chicago y algunas otras ciudades americanas de Texas. El paso hacia el Mediterráneo del gran crecimiento urbano es muy elocuente en Francia, dada su situación geográfica, con una parte integrada en la Europa del Noroeste: el siglo XX presencia allí el protagonismo del crecimiento sureño: mientras que París crece un 3,5 % entre 1930 y 1960, Marsella lo hace un 66,5% y Toulouse un 27,5%⁴⁰. Durante los años posteriores a 1970, en las nuevas megalópolis del sur continuó aumentando la población, aunque finalmente su tasa de crecimiento empezó a disminuir, a menudo de manera dramática. Pronto las periferias de las áreas metropolitanas empezaron a crecer al doble de velocidad que los centros: son ellas las que recientemente han dado cuenta de todos los aumentos netos de población y espacios construidos⁴¹.

Lo interesante desde nuestro punto de vista y éste es otro rasgo característicamente mediterráneo, es que el crecimiento tiende a no darse en "lugares nuevos" o "sin historia", a excepción quizá de las capitales políticas que en otro tiempo fueron fundadas por decreto. Turín, Roma, Barcelona, Toulouse, Marsella, Bilbao eran todo menos nuevas. La última en entrar a formar parte de este grupo, Valencia, es también una ciudad con un pasado muy considerable. ¿Significa todo eso que –debido a que sus élites parecen no perder nunca el control de redes de poder más amplias– las ciudades antiguas de la región cumplen con mayor éxito que otras ciudades de la sociedad occidental la tarea de no permitir que el crecimiento se

³⁹ P. Hall y D. Hay (1980) p. 155.

⁴⁰ M. Romanos (1979) p. 7.

⁴¹ P. Hall y D. Hay (1980) p. 227.

les vaya de las manos? Si ello fuera así, ¿cómo se explican entonces las diversas ciudades “caídas” de la zona? Más aún, la continua vitalidad de muchas de la “viejas” ciudades y la reciente resurrección de muchas otras, aparentemente inactivas, ¿no ponen acaso en tela de juicio la teoría expuesta alguna vez acerca de que todas las ciudades mediterráneas están predestinadas a alzarse, decaer, e incluso morir?. Este punto de vista⁴², ¿no revela acaso una extrapolación pesimista por parte de la sociología urbana contemporánea de pautas de evolución acontecidas en el pasado y que ya no tienen validez?

(c) La ‘despolarización’ urbana de la Europa meridional. La expansión de la industrialización, el capitalismo y el territorialismo político produjo una distorsión de los sistemas urbanos de la región. Como hemos visto, los países con una capital “económica” y otra “política” se tornaron bicéfalos, aunque algunos (Portugal y Grecia) se inclinaron también hacia la macrocefalia. Los acontecimientos posteriores a 1945 (migraciones, mayor concentración de riqueza y poder en las capitales) aumentaron la polarización urbana. Además, la profunda distorsión de los sistemas urbanos de la Europa meridional se hizo inseparable de las asimetrías fundamentales entre Norte y Sur (Italia), Este y Oeste (Turquía), centro y periferia (España) que hacían que los países de la zona acusaran un marcado desequilibrio desde el punto de vista del desarrollo regional y la distribución de bienes y recursos⁴³.

No todo se acabó con el desarrollo de las regiones metropolitanas. A tal desarrollo le siguió el crecimiento de zonas megalopolitanas, al menos en aquellos países que registraron tasas de urbanización relativamente altas como, por ejemplo, España, con una tasa del 74% en 1980. (Portugal, con una tasa de sólo el 31% se encontraba todavía en una etapa de “formación metropolitana”. En Italia, la tasa de 1980 fue del 69%; en Grecia, del 62%; en Turquía, del 47%; la de Yugoslavia, del 42%)⁴⁴. A su vez, hacia finales de los años 70, la etapa megalopolitana, a base de infundir nueva vida en el círculo de ciudades de cada región, estaba empezando a cambiar la situación general. Asimismo, hacia esas fechas, se dio un fenómeno inesperado: la revitalización de las viejas ciudades provinciales en decadencia. Se reavivó un antiguo modelo típicamente europeo: la ciudad “de paso” entre dos capitales alejadas y la pequeña ciudad industrial con un mercado de mediana importancia. La red de autopistas que se extiende de un extremo a otro en Italia y España y las muy perfeccionadas carreteras de todas partes, junto con los adelantos conseguidos en todas las ramas de los transportes y las comunicaciones, al hacer que provincias fácilmente accesibles resultaran menos sospechosas para las fuerzas centralistas, pronto comenzaron a favorecer la descentralización. El caso de Zaragoza, equidistante entre Bilbao, Barcelona y Madrid, es paradigmático, aunque la conexión por autovía con esta última ciudad no se realizó hasta 1992. La potenciación de otras ciudades intermedias, como Ciudad Real y Córdoba con la llegada (también en 1992) de ferrocarriles veloces es otro ejemplo del posible inicio de

⁴² F. Ferrarotti, ‘Intervento’ en IRER (1982) pp. 274-276.

⁴³ J. Gaspar (1983) p. 2.

⁴⁴ Estas son cifras sólo indicativas, ya que los criterios para las tasas de urbanización varían. Cf. ibidem pp. 2-3.

la ruptura de la lógica megalopolitana.

La disminución de las distancias ha permitido, contra lo que pudiera pensarse, la reafirmación de algunos localismos. Perpiñán (y toda Cataluña Norte) han podido en cierta medida reencontrar Barcelona, mientras que los catalanes al sur de los Pirineos accedían masivamente anticipándose a la abolición aduanera de 1993) a los productos más baratos de los mercados franceses, amén del redescubrimiento cultural realizado. El regionalismo político y las tendencias al autogobierno (con la manifiesta excepción del caso de Turquía, a causa de la crispación antiturca y la tradición centralista kemalista) han desempeñado un cierto papel en la aparición del neolocalismo. No es éste el momento de analizar las consecuencias que tal neolocalismo entraña ni de examinar sus relaciones con los nuevos modelos políticos que van configurándose en la zona: la propia novedad del fenómeno lo sitúa fuera de los intereses específicos de estas observaciones. Sin embargo, éste es un contexto adecuado para recordar que tanto las tradiciones como los emplazamientos históricos y las identificaciones étnicas juegan un rol crucial y legitimador en el vigoroso auge contemporáneo de la ciudad de dimensiones intermedias, la gran capital regional o provincial y, evidentemente, en la determinación del escenario y el lugar del conflicto de clases y de las batallas políticas del nuevo universo corporativista y neolocalista, en cuanto que éste se va configurando conforme a unos límites regionales, antes que nacionales, o de ámbito estatal o supraestatal. (Los éxitos electorales de las Ligas nortenas italianas -la lombarda, la véneta y otras- en torno a 1992, participaban plenamente de ese neolocalismo y giraban alrededor de ciudades, aunque se debieran también a otros factores). Florencia, Valencia, Valladolid, Oporto, Salónica, Venecia, Bari, Sevilla, podrán diferir muchísimo entre sí, pero en cuanto a su reafirmación como centros que exigen autonomía (una cierta neocapitalidad) se les puede intuir una estrategia y objetivo comunes. Lo que resulta interesante es que a menudo dicha reafirmación se manifiesta a través de una alianza entre la ciudad y la región a la que ésta pertenece, como parte de la extendida repolitización regionalista, nacionalista o étnica que hoy en día viene advirtiéndose en muchos países europeos y, de manera muy patente, en la región mediterránea⁴⁵. La afirmación política de las ciudades (junto con sus respectivas regiones) se realiza a través de parlamentos locales, autoridades regionales, autonomía fiscal, y exigencias de estudios universitarios y centros de comunicaciones. Suele ir acompañada de una descentralización de la cultura. El desarrollo seguido por las universidades, nuevas y antiguas, la prensa y televisión regionales son ejemplos de tal descentralización. El reciente acceso de esas regiones a la industria y las finanzas y, en algunos casos, como en el País Vasco y Cataluña, la creación de un cuerpo de policía local autónomo, ilustran más ampliamente esas tendencias, que en el decenio de 1990, ya no son tan incipientes.

La "despolarización" de las antiguas diferencias que el industrialismo y el capitalismo, más

⁴⁵ C. Trigilia (1980) ha presentado el neolocalismo como alternativa al neocorporativismo. Tal vez sean más compatibles de lo que a primera vista parece.

que atenuar, agravaron en su momento, no se ha reducido al importante desarrollo de la revitalización de las capitales de dimensiones intermedias. Ésta está presente en la propia transformación de la situación con respecto a la metáfora de "la historia de dos ciudades" empleada anteriormente. Aunque en algunos aspectos, incluso de la misma Roma podemos decir, por ejemplo, que fue "marginada" y se la relegó a una situación más periférica dentro de Italia⁴⁶ por un período de tiempo -al menos hasta alrededor de 1970- más tarde las cosas han cambiado. Así pues, desde hace ya algún tiempo no cabe la posibilidad de decir que Roma es el único centro de poder político mientras que Milán (con sus considerables vecinos Turín y Génova) la única capital industrial y financiera⁴⁷. La esfera política y la economía han ido instalándose, por así decirlo, la una en los otrora dominios urbanos de la otra. También en otros lugares la esfera política y la economía han ampliado sus áreas de dominio. Tal vez lo que mayor asombro y fascinación ejerce sobre todo el mundo sea el hecho de que Italia esté empezando a ser de nuevo lo que proverbialmente fue antaño, *il paese delle cento città*.

A la luz de estas y otras transformaciones -como la del desarrollo en el sur del mundo neoindustrial e hipermoderno- parece como si tuviéramos que considerar casi todos los procesos evolutivos de la región como eminentemente transitorios. A menudo se ha dicho que en algunos países meridionales la situación actual refleja lo ocurrido con bastante anterioridad al norte de los Alpes y los Pirineos. Quizá sea más acertado decir que lo que está ocurriendo hoy en algunos países mediterráneos había ocurrido antes en otros, pero que, además, hay fenómenos nuevos, que tienen lugar por igual en el norte y el sur: inmigración extraeuropea, terciarización de la economía, desarrollo de las neotecnologías y las comunicaciones. Las cantidades enormes de colonos y ocupantes ilegales de casas que, en épocas recientes, invadieron Atenas y Estambul parecían estar repitiendo un fenómeno ocurrido anteriormente en el Milán de postguerra, antes de que dicha ciudad emprendiera, con gran éxito, su programa de suministro de viviendas. El nuevo proceso de "suburbanización" y de colonización de ciertas periferias urbanas por parte de la clase media (Venecia) sigue los pasos de acontecimientos similares en otros lugares. A medida que las zonas rurales y aquellas alejadas de los centros urbanos van perdiendo su base económica, se las convierten en barrios residenciales de un nuevo sistema metropolitano más extenso⁴⁸. Lo que en otros tiempos fueran municipios rurales o industriales situados en las afueras de la ciudad son de este modo transformados: su recién adquirida morfología urbana se convierte en algo sumamente complejo que combina elementos del antiguo pueblo, la población periférica del pasado reciente y el cuasi-suburbio de la situación actual, con unas pautas correspondientes sobre la ocupación de terrenos y la transformación del suelo rural en suelo urbano,

⁴⁶ F. Ferrarotti (1980).

⁴⁷ F. Compagna (1967), Cap. 'Le due capitali' pp. 171-190.

⁴⁸ R. Strassoldo (1971) p. 12.

sujeito ahora a fuerte especulación económica y política ciudadana⁴⁹. Todavía no está claro en qué va a resultar el sistema metropolitano emergente. Las mudanzas están siendo demasiado intensas como para emitir juicios precipitados sobre una imagen borrosa. Así pues, una vez tras otra, las fuerzas políticas, económicas, culturales y migratorias que entran en juego en cada país contradicen los análisis y descripciones de los urbanistas o planificadores de ciudades y regiones, quienes deberían conocer mejor su existencia. A veces las políticas urbanas y regionales parecen simplemente ir en zaga a los cambios. En Grecia, por ejemplo, reflejan el reciente fracaso de la relación centro-periferia (en el territorio continental, ya que las islas son todavía, en general, periféricas y dependientes) y la incipiente “despolarización” de la sociedad. Por consiguiente tales políticas actúan, a lo sumo, como facilitadores de procesos “espontáneos” económicos y urbanos ya existentes más que como esfuerzos encaminados a recanalizarlos o alterarlos de algún modo significativo⁵⁰. Otras veces, son evidentes los conflictos existentes entre los órganos o políticas de *aménagement du territoire* y los propios políticos o, incluso en algunos casos, los ciudadanos. Por eso el concepto italiano del *comprensorio* (la unidad geográfica óptima para el trazado territorial), una idea gestada por urbanistas y muy utilizada por arquitectos, economistas y sociólogos, se ha encontrado de entrada con la resistencia de los políticos. El hecho de los expertos salieran aparentemente airoso de la pugna tal vez sea síntoma de los tiempos supuestamente tecnocráticos que corren, pero si hiciéramos un análisis más minucioso su triunfo podría venir a ser sobre todo semántico. Uno se pregunta hasta qué punto las autoridades -o los mismos grupos de presión, de la construcción, y el comercio- se toman en serio los *comprensori*. La naturaleza de la unidad geográfica “óptima” suscita también la pregunta. Emilia Romagna, por ejemplo, abarca no menos de 28 *comprensori*⁵¹. Los *comprensori* pueden de hecho reducirse o ensancharse, según sea el caso. Un estudio de las estructuras según los intereses y su comparación con esas u otras unidades territoriales creadas sobre mesas de delineante en los años 70 o, en años subsiguientes, por computador y pantalla, pueden ofrecer resultados esclarecedores acerca de su utilidad política e ideológica. El contraste entre el urbanismo informático y de ordenador con el de las fuerzas sociales reales podría ser una de las mejores maneras de abordar el análisis urbano hoy en día.

(d) Ciudades: nuevas encrucijadas del poder. Las economías locales, regionales, nacionales e internacionales siempre han encontrado en las ciudades un punto de intersección. Naturalmente, lo mismo puede decirse de las múltiples esferas políticas. A menudo, las ciudades han surgido precisamente de ellas. Sin embargo, tradicionalmente muchas ciudades del Mediterráneo han destacado por su capacidad para mantener un cierto grado de autonomía frente a las limitaciones que esas fuerzas diversas les hubieran impuesto. En algu-

⁴⁹ A. de Habsburgo (1983). El fenómeno observado por la autora para Castelldefels y Gavá puede extenderse ahora a Sant Cugat y otras localidades del Vallés, accesibles por túnel desde Barcelona. (Cf. S. Giner, Eucasta Metropolitana, 2003.) Las periferias de Génova y Venecia, las poblaciones serranas de Madrid, y otros lugares, sufren igual proceso.

⁵⁰ R.H. Evans 'Regionalism and the Italian City' en M.- Romanos, comp. (1979) p.227.

⁵¹ G. Stathakis (1982) pp. 17-18.

nos casos históricos el precio de la autonomía fue el aislamiento, seguido por el declive.

Hoy en día las ciudades meridionales poseen diferentes perfiles sociales dependiendo en gran medida de si en otro tiempo se cerraron o no al juego relativamente libre de tales intersecciones. El estado territorial, la propagación de un sistema de clases que abarca toda la sociedad, el mercado común europeo y la aparición de una economía mundial fuerzan a todas las ciudades de la región a mayor apertura. Mientras, la progresiva urbanización de la sociedad ha alcanzado unos niveles tales que casi no tiene sentido hablar de un "sistema de clases urbano" separado o de un "sistema político urbano" como fenómenos completamente circunscritos. La relativa permanencia de ciertas separaciones y barreras -como la de la división entre campo y ciudad, como hemos visto más atrás- no impide la penetración total del sistema social de clases en las ciudades, y viceversa. Teniendo presente esta condición, se pueden hacer ya algunas observaciones provisionales acerca de las estructuras de poder emergentes en las ciudades de la región.

(1) Las ciudades en el sistema social de clases. En el proceso contemporáneo de la estructuración clasista urbana pueden observarse dos tendencias opuestas. Por un lado, la tradicional "singularidad" de cada estructura social urbana se ha visto erosionada: las ciudades han ido participando cada vez más en la distribución general de la desigualdad del conjunto de la sociedad. Por otro, la especialización económica y las ubicaciones de la actividad política, industrial y cultural han otorgado nuevas características a ciertas ciudades. Asimismo, no todas ellas han compartido por igual las tendencias hacia la "terciarización", la "salarización" y los demás procesos que se han convertido en los distintivos de la actual transición hacia la hipermodernidad. Por consiguiente, en lo que se refiere a la región meridional europea, habrá que estudiar la nueva anatomía de las ciudades⁵² a la luz de la complicada mezcla que ella han ocasionado la aparición simultánea de estructuras de clase "postindustriales", "neindustriales" o, sencillamente hipermodernas. Ello ha entrañado la revalorización de barrios deteriorados y desalojo de sus habitantes modestos por la nueva clase media, la disminución de los barrios de chabolas, los nuevos emplazamientos de las tecnocracias ascendentes, la aparición de guetos de pobreza⁵³, y de barrios de inmigrantes extraeuropeos y demás procesos de reestructuración espacial. Nada habría de distintivo en esto frente a otras ciudades europeas sino fuera que tiene lugar en el marco de la extraordinaria adaptabilidad de viejas y, a veces, antiguas casbahs e, incluso, de perdurables, elegantes y "respetables" zonas residenciales de las ciudades mediterráneas a estas nuevas corrientes. Los procesos de deterioro parecen ser menos devastadores que en otros lugares. La recuperación es más fácil, y no sólo en los centros históricos, aunque sin duda no podrá extenderse a los vastos suburbios para las clases subordina-

⁵² Para análisis sugestivos de la reestructuración clasista actual de metrópolis mediterráneas, véanse, C. Martinotti et al.(1982), para Milán y L. Leontidou (1990) para Atenas, el Pireo y Salónica.

⁵³ A. Williams (1981), J. Chubb (1982).

das, con construcciones de muy mala calidad y caos urbanístico que surgieron en las fases de prosperidad y éxodo rural, como fueron los decenios del 50 y el 60 en Italia o los del 60 y 70 en España. L'Hospitalet en la conurbación barcelonesa o todo el entorno de Pompeya en la napolitana parece que, urbanísticamente, 'no tienen remedio'. El que lo puedan tener representa un coste que no parecen estar dispuestas a afrontar las autoridades.

No acaba aquí el aspecto clasista de la readaptación: la reordenación de la vida social que ha significado la entrada masiva de la mujer en el mercado de trabajo y la consiguiente feminización de profesiones y ocupaciones, así como la reestructuración de las relaciones eróticas y familiares (proliferación de familias monoparentales, multiplicación de domicilios individuales, etcétera), concentrada en zonas urbanas, ha incidido en las del sur con mayor fuerza de la esperada por quienes pensaban que iban a ser, por razones culturales, más resistentes a estos cambios. Pero es que no eran muchos los que esperaban el verdadero alcance de la revolución de actitudes, creencias y concepciones de la vida en las tierras meridionales: sus pautas de crecimiento demográfico (menores en Italia y España a partir de 1991 que en Suecia), conducta religiosa, afiliación política, y varias más, indican una intensa modernización⁵⁴ que alcanza la reestructuración de la desigualdad y que, una vez más, no deja de convivir allá con pautas de patronazgo, nepotismo, localismo y privilegio de muy antigua raíz.

(2) El poder urbano y el macronivel. Desde el punto de vista del poder y los recursos sociales, la ubicación y asimilación de ciudades por parte del sistema más amplio ha producido también consecuencias de signo opuesto. En muchos casos, la pérdida de autonomía ha significado que ahora las estructuras locales de poder están ligadas con frecuencia y de manera inextricable a las alineaciones nacionales de partido y a las lealtades ideológicas generales, de modo que dichas estructuras tan sólo pueden explicarse con respecto a tales alineaciones y lealtades. (Las excepciones regionalistas, como las Ligas italianas, o nacionalistas étnicas, como ocurre en Cataluña, no invalidan esta observación). La *città divisa* del pasado fue a menudo una ciudad dividida principalmente contra sí misma. Hoy puede ser un campo de batalla y un ruedo para conflictos y oposiciones más amplias. Lo que parece ser más específico de la Europa meridional en esta cuestión (a la cual otros lugares del mundo no son ajenos) es que, dadas particulares características de la cultura política, en los grupos y facciones de poder urbanos y locales el compromiso ideológico es pronunciadamente fuerte, incluso en aquellos para los cuales las influencias políticas aparecen como su elemental razón de ser. Génova, por ejemplo, se ha ajustado a esta imagen hasta hace poco. La ciudad se ha visto dominada por los mismos grupos católicos que controlaban en ella el poder político, económico y religioso, todos ellos bajo el estandarte de la ideología cristianodemócrata nacional e incluso internacional. Esto puede que sea algo característico,

⁵⁴ S. Giner y S. Sarasa (1992).

pero no es universal: hay ciudades mucho más abiertas y pluralistas que Génova, tales como Milán⁵⁵.

Por lo que respecta a los vínculos de los alcaldes con los partidos nacionales, las generalizaciones son igualmente difíciles, en especial aquéllas de quienes obtienen especial significación ideológica. Las difíciles relaciones de Giorgio La Pira con sus correligionarios cristianodemócratas en los años 50 supusieron su confinamiento e identificación con su ciudadela florentina. Con todo, ni los jefes carismáticos locales ni el riguroso control ejercido por la maquinaria política de la ciudad tienen necesariamente que suponer su confinamiento o reducir a los poseedores de tal liderazgo a una limitada participación, a la Giorgio La Pira, en la política nacional. La carrera de Gaston Defferre, el alcalde de Marsella, a pesar de no conseguir nunca el cargo de primer ministro, es un claro ejemplo de ello. Julio Anguita, en su período como alcalde de Córdoba llegó a representar casi un paralelo hispano a La Pira, pero no en su paso a la dirección nacional de su partido.

Al parecer, las élites políticas urbanas, al abrirse al sistema general de poder, más que perder, han adquirido mayor importancia para éste. En la actualidad, las alcaldías de las metrópolis son con frecuencia escalones para llegar a cargos ministeriales o a la jefatura del gobierno. Del mismo modo, ex primeros ministros, ministros, u hombres clave de partidos políticos consiguen a veces alcaldías sin que pierdan por ello su prestigio, o bien como cargo "a la espera" de mejores tiempos. Naturalmente, puede que ello no sea exclusivo de las ciudades meridionales (la *mairie* de París llegó a convertirse en un cargo de esas características), en cuyo caso podríamos estar considerando otro caso más de senda de convergencia entre Sur y Norte.

La mayor participación de las ciudades en el sistema político general y viceversa no ha supuesto un oscurecimiento de las distinciones entre ambas esferas. El auge del neolocalismo, y muy especialmente, la afirmación de la autonomía regional urbana ha producido una nueva afirmación del autogobierno urbano. A numerosas ciudades les han sido concedidas prerrogativas especiales para ciertas áreas metropolitanas, de modo que se han añadido nuevos poderes a los ya tradicionales, que comprendían los servicios municipales, abarcando también las normativas para la designación de zonas e incluso algo del trazado de la ciudad. Ahora poseen la facultad de intervenir en la economía metropolitana o de beneficiarse de bastante autonomía presupuestaria. Sería interesante constatar si estas tendencias van unidas a antiguos modelos de autonomía ciudadana; es decir, si las ciudades con las mayores tradiciones de autogobierno son también aquellas que han tenido mayor éxito en adquirir estos privilegios contemporáneos.

Las relaciones entre el poder municipal (en cuanto que éste refleja tradiciones heredadas,

⁵⁵ L. Cavalli (1978) p. xxvi y passim.

viejas redes de patronazgo y otros factores anclados en el pasado) y la política nacional son difíciles de establecer para la zona sobre una base comparativa entre naciones. Así pues, a menudo parece como si ciertas clases políticas (principalmente en las ciudades mediterráneas más atrasadas) fueran tan poderosas que resultaran electoralmente impermeables a sus propias prácticas parasitarias, su incompetencia y su mala gestión. En Palermo los demócratacristianos han vuelto regularmente al poder, repetidas veces, a pesar de todos esos males, entre los que descuella el brutal poder de la mafia, en plenos años 90. Al otro lado del mar, sin embargo, en Nápoles, la victoria electoral de la izquierda en 1975 parecía desmentir que tal situación fuera fatalmente necesaria⁵⁶. Las victorias obtenidas por los socialistas en Portugal, España y Grecia en las elecciones municipales y nacionales tras la restauración de la democracia a mediados de los años setenta eliminaron o redujeron considerablemente el viejo clientelismo, aunque ésta volviera a renacer después bajo nueva guisa, especialmente en Grecia. Es posible que actualmente tenga lugar en muchas ciudades una transición desde el puro clientelismo municipal tradicional al de una "maquinaria política" de estilo más moderno.

(3) *El poder urbano y el micronivel*. El marcado rasgo de mosaico de la mayoría de las ciudades mediterráneas permite advertir claramente en muchas de ellas redes locales firmemente unidas a sus "distritos electorales". Estos están circunscritos de tal modo que la unidad de referencia más clara -tanto para el observador como para el residente- ya no es el distrito (quartier) sino más exactamente del vecindario (*vicinato*) o, a lo sumo, el barrio, especialmente en las zonas más populares de las ciudades. En las partes más burguesas o modernas, es más fácil encontrar una menor integración o identificación con el "vecindario"⁵⁷. No obstante, las cualidades antropológicas de la identificación comunal y el localismo no van siempre ligadas a las características históricas del lugar. La "pueblificación", en las ciudades, en nuevos barrios, que se han llenado de inmigrantes, explica este fenómeno. En un nuevo espacio ciudadano, con la llegada de inmigrantes, solían quedar representados pueblos enteros o zonas rurales de procedencia, reconstruyendo con ello su mundo "perdido". Más tarde comenzaron a darse procesos más o menos lentos de formación de comunidades 'foráneas' sin raíces precisas a algún lugar circunscrito del país.

En el Mediterráneo, la relación entre el barrio, las estructuras de poder de la comunidad de origen rural (o extranjero) que en él habita y las esferas más amplias de lo político es intrincada. La aparición, con fuerza, de inmigración hispanoamericana, pero sobre todo africana -mogrebina o negra- ha intensificado esa condición en el siglo XXI. Los abundantes rasgos preindustriales que perduraban en pleno siglo XX eran señal de que, por regla general, esos países poseían sociedades civiles débiles⁵⁸. Ello no significa que su tejido civil no incluyera hermandades, cofradías y ligas tradicionales para la ayuda y el bienestar mutuos,

⁵⁶ J. Chubb (1982) pp. 3-5 y passim.

⁵⁷ L. Cavalli (1978) pp. 9-13.

⁵⁸ I. Sunar y S. Sayari (1982) p. 12.

a menudo bajo advocación religiosa y con fines festivos y piadosos, como en Andalucía. Pero tales agrupaciones no son asociaciones voluntarias a la manera de las que caracterizan las sociedades civiles modernas.

Ello no obstante, el peso de las comunidades urbanas de origen rural y el de los movimientos urbanos (a menudo radicales de clase media) se acrecentó en momentos de transición política hacia la democracia. España constituye un caso particularmente destacable. Los últimos años del régimen franquista fueron testigos de la aparición de las asociaciones de vecinos, las cuales desafiaron sistemáticamente, más o menos dentro de la legalidad, al gobierno dictatorial, y no siempre en las dos metrópolis, sino también a menudo en sus poblaciones periféricas, tales como Alcalá y Mataró⁵⁹ y en capitales de provincia. Desde varios puntos de vista, paradójicamente, durante los años de la transición hacia un gobierno constitucional, la España urbana experimentó un mayor grado de democracia directa que el que se daría más tarde, cuando la profesionalización política echó raíces⁶⁰. Las repercusiones a nivel nacional de los movimientos vecinales fueron tales que, durante un espacio de tiempo considerable, las fronteras entre ellos y la esfera política más amplia se vinieron abajo. Los primeros desafiaron así indirectamente la legitimidad del régimen franquista, mientras que la autoridad municipal -contra la cual habían surgido, en teoría- contemplaba impotente la situación.

V. HISTORIA, CIUDADANIA Y FUTURO URBANO: CUESTIONES ABIERTAS

A título de ensayo y de manera incompleta, lo que precede ha querido ser un estudio del presente a través de su determinación por el pasado. En Occidente, la historia urbana ha seguido unas pautas claramente reconocibles. Al auge de las ciudades en medio de un universo feudal le siguió, durante las etapas primera e intermedia del desarrollo del estado territorial, un crecimiento urbano inicial, al que siguieron varios más, cada cual acorde con una doble revolución, la política democrática y la industrial, surgida esencialmente del seno de las ciudades. Uno de los crecimientos más importantes fue el de la suburbanización. Mientras sucedía, empezaba también a tener lugar en diversos países la descentralización interurbana y la formación de verdaderas redes y cadenas de ciudades: éstas regiones urbanas son ya visibles. Algunas, naturalmente, lo han sido por mucho tiempo, como la que sigue más o menos el valle del Rin desde Basilea hasta su delta holandés. Otra, a la que algunos auguran un potente futuro, forma un arco que cubre Milán, Turín, Génova, Niza, Marsella, Montpellier y Barcelona, con posibles ramificaciones hasta Venecia, Toulouse y Valencia. Hay elementos ideológicos indudables en la presentación de este menos que hipotético Arco Mediterráneo, pero está fuera de dudas que tal región ofrece niveles de prosperidad, neotecnología, neoindustrialismo, concentración de riqueza, capital humano,

⁵⁹ A.G. Bier (1980). Para el movimiento ciudadano en Madrid M. Castells (1977).

⁶⁰ S. García.

y demás factores súmamente notables, sobre todo para un sur continental que algunos daban por definitivamente dashaucidado hace tan sólo algunos decenios. Una vez más, el fenómeno es fiel a la pauta específicamente mediterránea de prosperidad, sinergia y dinamismo desencadenados todos ello sobre un *humus* histórico preexistente.

Es prematuro predecir el porvenir de estas nuevas corrientes, sobre todo ante la creciente inmigración extraeuropea, el auge de centros provinciales y comarcales, el vacío rural combinado por una masiva penetración del campo por los tentáculos de las ciudades, la crisis ecológica de la región y la notable desurbanización de algunas capitales⁶¹, por mencionar tan sólo varios factores muy diversos pero que inciden a la vez sobre un mismo ámbito. En la Europa meridional, a pesar de su crucial participación histórica en los orígenes de la modernización, ésta no llegó a verse realizada por completo durante largo tiempo. Sin ser del todo ajena a su desarrollo, la cuna misma de la modernidad –la Europa Sur- quedó bastante al margen de ella. La Europa meridional vivió por largo tiempo en sus aledaños, en su inmediata periferia. Pensemos en Sevilla, Nápoles, e incluso Atenas. Su posición semiperiférica en los peores momentos del relativo pero notable fracaso de la revolución industrial en sus países posibilitó el despegue posterior. Ello obliga a consideraciones que no pueden aplicarse a aquéllas partes del mundo que han sido (o son todavía) verdadera y estrictamente periféricas desde el punto de vista de la distribución mundial de los recursos económicos, el poder político y los privilegios colectivos⁶².

Si bien, históricamente, las relaciones núcleo-periferia experimentan continuos cambios, ello se cumple de manera acusada e intensa en el caso de la Europa meridional. Para un historiador con formación sociológica el problema residiría en establecer y descubrir las pautas y ritmos de las mudanzas, tarea nada fácil. Por lo pronto, las discontinuidades entre este y oeste en los países mediterráneos han sido a veces tan profundas (como puede verse en las guerras balcánicas generadas por la descomposición yugoslava, en 1991 y 1992) como las existentes entre sus litorales meridional y septentrional⁶³. El propio tránsito entre las sociedades que aquí hemos examinado, de la condición de periféricas o semiperiféricas a la de miembros centrales del orden hegemónico mundial, ha tenido lugar en distintos momentos en cada país y región. Ésto queda claramente reflejado en las ciudades: algunas de ellas presentan ciertas similitudes, en distinto grado, con aglomeraciones urbanas del norte de África o de Latinoamérica, sin dejar de reflejar también, naturalmente, la estructura de la ciudad europea occidental⁶⁴.

Si algo confiere un último sentido o, si se prefiere, perfil, a estas ciudades, por prósperas y dinámicas que hoy sean, es su pasado, plasmados no sólo en sus centros históricos sino,

⁶¹ L. van den Bergh (1982) pp. 24-48.

⁶² G. Arrighi et alii (1983).

⁶³ S. Amin (1983).

⁶⁴ L. Leontidou (1984) pp. 27-30.

me aventuro a señalar, cierta sabiduría de sus ciudadanos. Sus moradores lo saben. Sin embargo, sus problemas son cada vez más los del continente y la civilización a los cuales pertenecen. La decadencia y desindustrialización de algunas ciudades interiores de la zona del Mediterráneo, por ejemplo, tiene mucho en común con lo que está sucediendo en otras partes de Europa⁶⁵. La misma política regional y cívica de la Unión Europea y su preocupación por la integración regional entre regiones y ricas y pobres del continente, muestra una conciencia clara del asunto. No sabemos si Europa es sus naciones –que no siempre coinciden con sus estados- per sí es sus ciudades.

Salvo importantes excepciones, muchos conflictos urbanos y el nuevo rol que el poder de la ciudad desempeña dentro de la esfera política general convergen con otros patrones típicamente occidentales, pero esa convergencia es, a menudo, penosa, hasta el punto que no sean pocas las ciudades de la región que deban considerarse indefensas y tengan que pagar un costo muy elevado por su integración europea⁶⁶.

Toda consideración de cualquier faceta importante de la sociedad mediterránea debe abordar la ingrata realidad de su dualismo, sus ambigüedades e incluso sus duplicidades. Como ya hemos visto, sus ciudades han sido históricamente un freno para la modernización en tanto que se atrincheraron en su otrora raquítico desarrollo; pero han sido también un estímulo para lo que en otro tiempo se dio en llamar progreso, sin ningún reparo ni calificación moral, en tanto que han construido estados modernos o implantado el industrialismo, el capitalismo, la alfabetización, el socialismo, y tantas otras fuerzas de la modernidad. Es normal y saludable que los críticos reprueben incansablemente la existencia de barriadas pobres, la segregación aristocrática o burguesa, la especulación del suelo, la corrupción de la maquinaria política, el parasitismo del gobierno local, la marginación de los humildes, los parados o los desafortunados en sus confinamientos urbanos, y los nuevos *guettos* de inmigrantes extraeuropeos. Mas, sin que puedan justificarse, estos desequilibrios son ya los mismos en el Sur que en el Norte. Y a veces son menores en el Sur.

La existencia en la región de una situación histórica de turbulencia casi permanente (ya fuera debido a guerras, conflictos civiles, migraciones masivas o desarrollos precipitados) debería alertarnos contra las superficiales teorías, tan en boga, acerca de una presunta y actual crisis urbana en el Sur de Europa. Dichas teorías suelen enlazar esa supuesta 'crisis' con el fracaso, más o menos inmediato, del capitalismo o con la otra 'crisis, no menos dudosa, del estado asistencial⁶⁷. No hay además, señal alguna de que las ciudadanías meridionales sean menos activas y responsables, democráticamente, que las de otros lugares de Europa⁶⁸

⁶⁵ L.Leontidou (1984) p. 27.

⁶⁶ Para un análisis crítico de esta situación, VV.AA.(1991).

⁶⁷ C. Cardí *et alii* (1978), M. Marcelloni *et alii* (1981), H. Capel (1981).

⁶⁸ Para el caso andaluz y la participación política en la región, M. Pérez Yruela (2003).

Si queremos que al contemplar el pasado urbano de la región ello sea de alguna utilidad, éste debería servir para infundir mayor juicio y moderación a la hora de hacer predicciones precipitadas acerca de la inevitabilidad de su ruptura repentina con una historia llena de fuerza y, a no dudarlo, de magnificencia.

AGRADECIMIENTOS

*Este ensayo tiene un origen remoto, que el Foro Centros Históricos de 2004, en Córdoba me permite revisarlo y ampliarlo. Agradezco al profesor Manuel Pérez Yruela su interés para que lo revise y ponga al día. El autor está muy reconocido a sus colegas, las profesoras Anna Alabart y Soledad García, con quienes en su día organizó la Conferencia Internacional sobre Ciudades y Ciudadanía, en el Departamento de Sociología de la Universidad de Barcelona, en 1990, por sus observaciones y sugerencias en torno a este ensayo. Esta versión castellana tiene su origen en el trabajo *City and Polity in Southern Europe* que, bajo los auspicios de la OEDC, presenté a la serie de seminarios organizados por la Universidad del Bósforo, en Estandul, en 1984. Estoy particularmente agradecido, por su paciente atención y sugerencias, a los profesores Faruk Birtek, Lila Leontidou, Alberto Martinelli, Aise Öncü, Philippe Schmitter e Ilkay Sunar, participantes, entre otros, en aquel proyecto, *Comparative Urban Performance in Postwar Mediterranean Europe*.*

BIBLIOGRAFIA

- ALLUM, P. (1973) *Politics and Society in Post-War Naples* Cambridge University Press.
- ARCHER, M.S. and GINER, S. (1971) *Contemporary Europe: Class, Status and Power* Londres: Weidenfeld & Nicolson.
- BERG, L. VAN DEN et al. (1982) *Urban Europe: A Study of Growth and Decline* Oxford: Peramon, Vol. I.
- BIER, A.G. (1980) *Crecimiento urbano y participación vecinal* Madrid: C.I.S.
- BRAUDEL, f. (1975) *The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Phillip II* Londres: Fontana/Collins. (Ed. francesa 1949; ed. revisada 1966).
- CAPEL, H. (1981) *Capitalismo y morfología urbana en España*, Barcelona: Libros de la Frontera (1a. ed. 1975).
- CASTELLS, M. *Ciudad, Democracia y Socialismo: La experiencia de las Asociaciones de vecinos en Madrid*. Madrid: Siglo XXI.
- CAVALLI, I. (1978) *La città divisa: sociologia del consenso e del conflitto in ambiente urbano* Milán: Giuffrè.
- CHUBB, J. (1983) *Patronage, Power, and Poverty in Southern Italy: A Tale of Two Cities* Cambridge University Press.
- FUSTEL DE COULANGES, N.D. (1864) *La cité antique*. (Cualquier reedición).
- GARCIA, S. (1988) 'Ciudadanía, bienestar y desigualdad social en España', *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, no. 41, enero-marzo, pp. 63-79.

- GINER, (1979) *Sociedad Masa* Barcelona: Península.
- GINER, S. (1984-A) 'Ethnic Nationalism, Centre and Periphery in Spain' C. Abel y N. Torrents, comps. Spain, Conditional Democracy? Londres: Croom Helm, pp.78-99.
- GINER, S. (1984-B) *The Social Structure of Catalonia* Sheffield University Press (1ª ed. 1981).
- GINER, S. (1986) 'Political Economy, Legitimation and the State in Southern Europe' en G. O'Donnell, P. Schmitter, eds. *Transitions from Authoritarian Rule* Baltimore: Johns Hopkins University Press, pp.11-44.
- GINER, S. (2003) *Encuesta metropolitana de la región de Barcelona*, Institut d'Estudis Metropolitans, Barcelona.
- HABSBURGO, A. de (1983) *Propiedad y espacio en Castelldefels* Barcelona: Vicens Vives.
- HALL, P. (1998) *Cities in Civilization* Londres: Weidenfeld & Nicolson.
- HALL, P. y HAY, D. (1980) *Growth Centres in the European Urban System* Londres: Heinemann.
- HUGHES, D.O. (1978) 'Urban Growth and Family Structure in Medieval Geona', P. Abrams y E.A. Wrigley, comps. *Towns in Societies* Cambridge University Press, pp. 105-130.
- I.R.E.R. (Istituto Regionale di Ricerca della Lombardia) (1982) *L'area metropolitana lombarda tra crisi e sviluppo* Milan:IRER.
- LEONTIDOU, L. (1990) *The Mediterranean City in Transition: Social Change and Urban Development* Cambridge University Press .
- MARCELLONI, M. et alii (1981) *Lotte urbane della società industriale: l'esperienza italiana* Milán: Savelli.
- MARTINOTTI, G., MARTINELLI, A. y NEUCCI, A. (1982) 'La struttura sociale', IRER (cf. más arriba) pp. 142-165.
- MOUZELIS, N. (1978) *Modern Greece: Patterns of Underdevelopment* Londres: Macmillan.
- OLSON, m. (1982) *The Rise and Fall of Nations* Yale University Press (Trad. castellana: *Auge y caída de las naciones*, Barcelona: Ariel).
- PASCUAL, J. M. (comp.) *La ciutat davant del 2000* Ajuntament de Barcelona, Quadern Central, no. 15.
- PEREZ YRUELA, M., Dir. Y Coord. (2003) *La sociedad Andaluza* Córdoba: IESAA.
- SALCEDO, J. (1977) *Madrid culpable* Madrid: Tecnos.
- STATHAKIS, G. (1982) *Industrialization and the Regional Problem in Greece* Universidad de Durham: Conference on National and Regional Development, multicopiado.
- STRASSOLDI, R. (1971) *La suburbanizzazione della collina veneta e friuliana* Padua: Antonio Milano.
- SUNAR, I. y SAYARI, S. (1982) *Turkish Democracy: Changing and Persistent Problems and Prospects*. Universidad de Aarhus: Institute of Political Science.
- TOYNBEE, A. (1970) *Cities on the Move* Oxford University Press.
- TRIGILIA, C. (1980) 'Struttura di classe e sistema politico: neocorporativismo o neolocalismo?', *Inchiesta*, Julio-Octubre, no. 46-47, pp. 37-59.
- VV.AA. (1991) *Undefended Cities and Regions Facing the New European Order*, Atenas y Salónica: Lemnos International Seminar.

- VRIES, J. DE (1984) *European Urbanization 1500-1800* Londres: Methuen.
- WILLIAMS, A. (1980) 'Conservation Planning in Oporto' *Town Planning Review* Vol. 51, no. 2, Abril, pp. 177-194.
- WILLIAMS, A. (1981) 'Bairros clandestinos: Illegal Housing in Portugal' *Geographisch Tijdschrift Nueva Serie*:Vol. XV, I. pp. 24-34.
- WILLIAMS, A. (1983) '*Portugal*', M. Wynn, comp. *Planning and Urban Growth in Southern Europe* Londres: Mansell.